

LIUDMILA ULÍTSKAYA

Sóniechka



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

LIUDMILA ULÍTSKAYA

Sóniechka



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

OceanofPDF.com

Liudmila Ulítskaya

Sóniechka

OceanofPDF.com

Desde pequeña, salida apenas de la primera infancia, Sóniechka se zambulló en la lectura. Su hermano mayor, Yefrem, el bromista de la familia, le repetía incansablemente la misma chanza, que ya sonaba pasada de moda en el momento de su invención: «¡A Sóniechka, de tanto leer, se le ha puesto el trasero en forma de silla y la nariz de pera!»

Por desgracia, aquella burla no pecaba de exageración: su nariz tenía verdaderamente la forma difusa de una pera y Sóniechka, larguirucha y ancha de espaldas, con unas piernas flacas y un trasero plano poco memorable, la única forma bien definida que poseía era la de un busto opulento de mujer, desarrollado precozmente y añadido, como sin venir a cuento, a una figura esmirriada. Sóniechka encogía los hombros, se encorvaba y se ponía vestidos talares, avergonzada de la abundancia inútil por delante y la planicie desoladora por detrás.

Llena de compasión, su hermana mayor, casada desde hacía tiempo, realzaba con generosidad la belleza de sus ojos. Pero eran unos ojos de lo más corrientes, pequeños y marrones. Bien es verdad que tenía unas pestañas de una exuberancia insólita, que le crecían en tres filas y le estiraban hacia arriba el borde abultado de los párpados, pero esto, más que ser un rasgo atractivo, representaba incluso un estorbo, puesto que Sóniechka, miope, llevaba gafas desde la más tierna infancia...

Durante veinte años, de los siete a los veintisiete, Sóniechka había leído casi sin tregua. Cuando se sumía en la lectura era como si entrara en trance y sólo volvía en sí al pasar la última página del libro.

Atesoraba un talento excepcional, tal vez una suerte de genialidad, para la lectura. Su empatía con la letra impresa era tan grande que confería a los personajes de ficción la misma categoría que a las personas de carne y hueso, parientes y amigos, y el sufrimiento sublime de Natasha Rostova junto al lecho del moribundo príncipe Andréi [\[1\] era para ella tan auténtico como el dolor desgarrador experimentado por su hermana cuando perdió a su hija de cuatro años como consecuencia de una estúpida distracción.](#)

Mientras hablaba por los codos con la vecina, no se dio cuenta de que la niña, regordeta, torpe y de ojos lentos, se había caído dentro de un pozo...

¿Qué era aquello? ¿Una incapacidad total para comprender el elemento lúdico inherente a todas las artes, la confianza pasmosa de una niña que no ha crecido, la falta de imaginación que llegaba a borrar la frontera entre ficción y realidad, o bien, por el contrario, una huida obstinada al reino de la fantasía donde todo lo que quedaba fuera de sus confines perdía el sentido y la sustancia?

La devoción de Sóniechka por la lectura, que se había transformado en una forma leve de locura, no cesaba de avivarse mientras dormía. Parecía incluso que leyera sus sueños, imaginando novelas históricas trepidantes. Según la naturaleza de la acción, visualizaba el estilo de la tipografía y, por un extraño instinto, sentía aflorar los párrafos y puntos suspensivos. La sensación de desplazamiento espiritual que le provocaba su pasión enfermiza se redoblaba incluso durante el sueño, porque era entonces cuando desempeñaba de pleno derecho el papel de heroína o héroe, morando en la delgada frontera entre la voluntad tangible del autor, de la cual era consciente, y su ambición personal de movimiento, aventura, acción...

La NEP[2] estaba dando sus últimos coletazos. El padre de Sóniechka, descendiente de una familia de herreros de una aldea de Bielorrusia, un mecánico vocacional no desprovisto de sentido práctico, liquidó su taller de relojería y, sobreponiéndose a la aversión innata que le causaba cualquier tipo de producción en cadena, encontró empleo en una fábrica de relojes, desahogando su espíritu inquieto por las tardes con la reparación de mecanismos únicos, creados por las manos ingeniosas de predecesores de diferentes razas.

Su madre, que hasta el día de su muerte había llevado una peluca ridícula bajo un pañuelo de lunares impecable, trabajaba a hurtadillas con su

máquina de coser Singer, confeccionando para las vecinas vestidos de percal sin pretensiones, en armonía con aquella época grandilocuente y de penurias, en la que todos sus temores se personificaban para ella en la aterradora figura del inspector fiscal.

Sóniechka, por su parte, después de enfrentarse a sus clases al desgaire, se las ingeniaba cada día y a cada instante con la imposición de vivir en los patéticos y estridentes años treinta llevando a pastar su alma por los vastos territorios de la gran literatura rusa, lanzándose a los abismos angustiosos del sospechoso Dostoievski para emerger en las alamedas umbrosas de Turguénev, o en las casas solariegas de provincia recalentadas por el amor generoso y sin principios de Leskov, que, por alguna razón, era tenido por escritor de segunda.

Obtuvo el título de bibliotecaria y comenzó a trabajar en el depósito subterráneo de una vieja biblioteca, y era uno de esos pocos seres afortunados que, tras finalizar la jornada laboral, sentía una punzada por el placer interrumpido, abandonaba el sótano sofocante y polvoriento sin llegar a hartarse de las fichas de catálogo ni de los formularios blanquecinos con los pedidos que le llegaban desde la sala de lectura, en el piso de arriba, ni del peso vivo de los tomos que cargaba en sus delgados brazos.

Durante muchos años pensó que la escritura en sí era una actividad sagrada. Consideraba que Pávlov, un autor menor, Gregorio Palamas y Pausanias eran escritores de igual valía sólo porque figuraban en la misma página de la enciclopedia. Con el paso de los años aprendió a distinguir por sí misma, en el vasto océano de libros, las olas grandes de las pequeñas, y las pequeñas de la espuma costera, que inundaba casi por entero los estantes ascéticos de la sección de literatura contemporánea.

Después de pasar varios años de enclaustramiento monacal en el depósito de libros, Sóniechka se dejó convencer por su jefa, una lectora no menos obsesiva que ella, y decidió matricularse en la universidad, en la Facultad de Filología Rusa. Comenzó a preparar el temario, tan extenso como absurdo, y cuando estaba a punto de presentarse a los exámenes de acceso, de repente, todo se desmoronó. Todo cambió de un día para otro con el

estallido de la guerra.

Éste fue posiblemente el primer acontecimiento de toda su joven vida que la arrancó del nebuloso mundo de lectura permanente en el que habitaba. Junto a su padre, que entonces trabajaba en una fábrica de herramientas, fue evacuada a Sverdlovsk,^[3] donde pronto fue a parar al único lugar seguro de la ciudad: el sótano de la biblioteca...

No está claro si esa coincidencia obedecía a la tradición, arraigada en Rusia desde tiempos inmemoriales, de conservar escrupulosamente en un sótano frío los frutos valiosos del espíritu, al igual que se hace con los de la tierra, o bien se trataba de una vacuna administrada a Sóniechka en previsión de los diez años siguientes que pasaría en compañía de un «hombre del subsuelo», destinado a ser su marido y que se le apareció en aquel primer año de evacuación, desesperadamente difícil...

Robert Víktorovich se presentó en la biblioteca un día en que Sóniechka sustituía a la encargada del préstamo bibliotecario, que se había puesto enferma. Era un hombre de pequeña estatura, cabellos canos, delgadez extrema, y no habría captado la atención de Sóniechka si no le hubiera preguntado dónde estaba el catálogo de obras en francés. La biblioteca contaba con libros en francés, por supuesto, pero el catálogo hacía tiempo que se había extraviado debido a la falta de uso. A esas horas de la tarde, poco antes del cierre, no había más visitantes en la sala de lectura y Sóniechka acompañó a aquel lector inusitado al sótano, rumbo al rincón apartado de la Europa occidental.

Durante un largo rato permaneció aturdido frente a la estantería, con la cabeza inclinada hacia un lado y la expresión hambrienta y maravillada de un niño delante de un plato de pasteles. De pie detrás de él, Sóniechka, que le sacaba media cabeza, se había quedado inmóvil, embargada por la emoción.

Se volvió hacia ella, le besó inesperadamente su mano delgada y le dijo con

una voz baja y trémula, como la luz azulada de las lámparas que velan los resfriados de nuestra infancia:

—Qué maravilla... Qué lujo... Montaigne... Pascal... -Y, sin soltarle la mano, añadió con un suspiro-: ¡Y además en edición de Elzevir!

—Tenemos nueve Elzevir... -indicó con orgullo la emocionada Sóniechka, que había asimilado todo el conocimiento de la bibliología.

Él la miró de una manera extraña de abajo arriba, bueno, de arriba abajo, sonrió con sus labios delgados, revelando una boca mellada, vaciló un poco, como si fuera a decir algo importante, pero, cambiando de idea, dijo:

—Por favor, hágame la tarjeta de lector o comoquiera que se llame...

Sonia retiró su mano, olvidada entre las palmas secas de él, y subieron por la escalera, cuyo frío voraz arrancaba el más mínimo calor de cualquier pie que la rozara... Allí, en la salita minúscula de aquella vieja mansión que había pertenecido a un comerciante, escribió por primera vez, de su puño y letra, ese apellido, desconocido absolutamente para ella hasta el momento, pero que se convertiría también en el suyo exactamente dos semanas más tarde. Y mientras ella escribía unas letras torpes con un lápiz indeleble que le bailaba ligeramente entre sus guantes de lana rezurcida, él contemplaba su frente despejada y sonreía para sus adentros, pensando en el sorprendente parecido que guardaba con un joven camello, animal paciente y tierno. «Incluso el color», pensó él. «Atezado, con la triste opacidad del siena, rosáceo, cálido...»

Sóniechka dejó de escribir, levantó el dedo índice y se subió las gafas, que se le habían deslizado por la nariz. Lo miró con aire benévolo, sin interés, pero expectante: no le había dicho la dirección.

Sin embargo, él estaba sumido en un profundo desasosiego causado por la certidumbre, que se había abatido sobre él de manera tan inesperada como un chaparrón un día de cielo claro y sereno, de encontrarse frente a su destino: comprendió que delante de él estaba su mujer.

El día antes había cumplido cuarenta y siete años. Era una leyenda viva. Pero esa leyenda, debido a su regreso de Francia a Rusia, repentino y sin motivo -en opinión de sus amigos-, a principios de los años treinta, parecía haberse escindido de él y vivía una vida autónoma, en los mentideros de las galerías de arte moribundas del París ocupado, junto a sus extraños cuadros que habían estado a punto de perderse y que, aunque habían sufrido la denigración y el olvido, conocerían la resurrección y la gloria póstuma. Pero de todo eso él no sabía nada. Vestido con un chaquetón guateado negro lleno de quemaduras y con una toalla gris alrededor del cuello del que sobresalía una gran nuez, él, el más feliz de los desventurados, que acababa de purgar una pena irrisoria de cinco años y que ahora trabajaba como pintor bajo la dirección de la fábrica, estaba allí, de pie, delante de aquella joven desgarbada, sonriendo mientras comprendía que estaba a punto de producirse una nueva traición, una de tantas que se prodigaban en su vida dispersa: había traicionado la fe de sus antepasados, las esperanzas de sus padres, el amor de su maestro; había traicionado la ciencia y roto despiadada y brutalmente lazos de amistad cada vez que había sentido que representaban un escollo para su libertad... Esta vez traicionaba la promesa de celibato, una promesa que, dicho sea de paso, no iba ligada al voto de castidad, y que se remontaba a la época de su éxito precoz y aparente.

Amaba a las mujeres y no se privaba de su compañía; había bebido abundantemente de ese manantial inagotable, pero preservaba con cautela su independencia, pues temía convertirse él mismo en presa del elemento femenino, tan paradójicamente generoso con los que toman y tan destructivamente cruel con los que dan.

Entretanto, el alma plácida de Sóniechka, envuelta en su capullo de miles de libros leídos, arrullada por el fragor brumoso de la mitología griega, la estridencia hipnótica de las flautas medievales, la melancolía ventosa y neblinosa de Ibsen, el tedio detallado de Balzac, la música astral de Dante, el canto de sirenas de las voces penetrantes de Rilke y Novalis, seducida por la desesperación moralizante, dirigida al corazón mismo del cielo, de los grandes escritores rusos, aquella alma plácida de Sóniechka no había reconocido su minuto de gloria: su pensamiento estaba ocupado en decidir

si estaba asumiendo un riesgo al prestar a ese lector unos libros que sólo podían ser consultados en la sala de lectura...

—¿Su dirección? — le preguntó con dulzura Sóniechka.

—Bueno, veré, estoy destinado temporalmente aquí. Vivo en las oficinas de la fábrica -explicó el extraño lector.

—Entonces déjeme su pasaporte y el permiso de residencia, por favor -le pidió Sóniechka.

Él hurgó en las profundidades de un bolsillo y sacó un certificado arrugado. Sóniechka lo examinó a conciencia a través de sus gafas, después sacudió la cabeza.

—No, lo siento. No está domiciliado aquí...

Cibeles le sacó su lengua roja, y él pensó que todo estaba perdido. Metió su certificado de nuevo en el fondo del bolsillo.

—Haremos lo siguiente -le propuso Sóniechka con tono de disculpa-. Los sacaremos a mi nombre y antes de marcharse los devuelve.

Entonces él comprendió que todo iba bien.

—Sólo le pido que los trate con cuidado... -añadió ella, con voz suave, y envolvió los tres pequeños volúmenes en un papel de periódico manoseado.

Él le dio las gracias lacónicamente y se fue.

Mientras Robert Víktorovich pensaba con aborrecimiento en las técnicas de aproximación y el hastío del galanteo, Sóniechka acababa sin premura su largo día de trabajo y se preparaba para volver a casa. No se inquietaba ya por los tres valiosos libros que había prestado despreocupadamente a un desconocido. Todo su pensamiento lo acaparaba el camino de regreso a casa a través de la ciudad fría y oscura.

No se puede decir que esos ojos especiales femeninos que, como el tercer ojo místico, se abren en las niñas a una edad extraordinariamente temprana, en el caso de Sonia estuvieran cerrados por completo, no, más bien los tenía entornados.

En la primera adolescencia, en torno a los catorce años, como para acatar el programa ancestral de su especie, según el cual durante milenios se entregaba a las muchachas en matrimonio a esa tierna edad, Sóniechka se enamoró de Vitka Stárostin, un compañero de clase agraciado y de nariz respingona. Ese enamoramiento se expresaba exclusivamente con el deseo incontrolable de mirarlo y sus ojos inquisidores no tardaron en captar la atención no sólo del propietario de la encantadora carita de muñeca, sino también del resto de la clase, que descubrió esa curiosa atracción antes de que la propia Sonia se diera cuenta.

Ella se esforzaba por dominarse e intentaba dirigir su mirada hacia otro lugar -el rectángulo de la pizarra, sus cuadernos, la ventana polvorienta-, pero sus ojos, con la obstinación de la aguja de una brújula, regresaban por sí mismos a la nuca castaño claro y se empeñaban en cruzarse con aquellos imanes azules, fríos... Incluso Zoya, que se compadecía de su desgracia, le murmuró que parara de comérselo con los ojos. Pero Sóniechka no podía evitarlo. Sus ojos exigían, codiciosos, la ración de su nuca favorita.

Todo esto acabó de la manera más horrible e inolvidable. Cansado de soportar el peso de aquella mirada enamorada, el brutal Oneguín [\[4\] citó a su silenciosa admiradora en el paseo lateral de una pequeña plaza, y allí le estampó dos bofetadas indoloras, pero mortalmente humillantes, acompañadas de las carcajadas aprobatorias de cuatro compañeros escondidos en los arbustos, a los que se les habría podido reprochar su corazón despiadado si los jóvenes espías no hubieran muerto todos durante el primer invierno de la guerra que se acercaba.](#)

La lección magistral infligida por el caballero de trece años había sido tan

convinciente que la chica cayó enferma. Guardó cama con fiebre alta durante dos semanas. El fuego del amor se extinguió innegablemente a la manera clásica. Cuando se restableció y volvió a la escuela con la expectativa de recibir una nueva humillación, su aventura tragicómica había quedado totalmente eclipsada por el suicidio de la chica más bella de la escuela, Nina Borísova, que se había colgado en el aula después de las clases de la tarde.

Por lo que respecta al héroe con corazón de piedra, Vitka Stárostin, para fortuna de Sóniechka, se había ido a vivir con sus padres a otra ciudad, dejándole la amarga convicción de que su biografía como mujer se había agotado, lo que la liberaba para el resto de su vida de la necesidad de gustar, seducir, fascinar. Hacia las compañeras de clase con más éxito ni le carcomía la envidia ni la cegaba el resentimiento. De nuevo se dio en cuerpo y alma a su ardiente pasión: la lectura.

... Robert Víktorovich volvió dos días más tarde, cuando Sóniechka ya no trabajaba en la sala de lectura. La mandó llamar. Ella subió del sótano, emergiendo a trompicones de aquel agujero oscuro, le llevó un rato reconocerlo con sus ojos miopes, después lo saludó con la cabeza como a un viejo conocido.

Él le acercó una silla:

—Siéntese, por favor.

En la pequeña sala había varios lectores bien abrigados. Hacía frío y la calefacción apenas funcionaba.

Sóniechka se sentó en el borde de la silla. Un gorro con orejeras de tejido deshilachado reposaba en un rincón de la mesa, al lado de un paquete que el hombre desenvolvía sin prisa, con mucho cuidado.

—Dos días ha olvidé... -dijo, con su voz luminosa, y Sóniechka sonrió ante la agradable expresión «dos días ha», que hacía mucho tiempo que había caído en desuso en el habla cotidiana-, olvidé preguntarle su nombre.

Discúlpeme.

—Sonia -respondió, escueta, observando cómo desenvolvía el paquete.

—Sóniechka... Sí -dijo él, como si diera su aprobación.

Cuando por fin hubo abierto el envoltorio del todo, Sonia vio ante sí el retrato de una mujer pintado sobre un papel poroso y burdo, con suaves tonalidades pardas y sepia. El retrato era maravilloso, el rostro de la mujer noble y delicado, un rostro de otra época. Era el suyo, el rostro de Sóniechka. Tomó un poco de aire... y percibió el olor del mar frío.

—Es mi regalo de bodas -dijo él-. De hecho vengo a proponerle matrimonio.
— Y le dirigió una mirada llena de expectación.

Sóniechka lo observó entonces por primera vez: cejas rectas, nariz ligeramente aguileña, la boca seca con labios finos, profundas arrugas verticales que le surcaban las mejillas, ojos apagados, inteligentes y tristes...

A Sóniechka le temblaron los labios. Bajó la mirada y guardó silencio. Sentía un deseo fortísimo de mirar una vez más esa cara, tan expresiva y atractiva, pero a sus espaldas se perfiló el fantasma de Vitka Stárostin, y ella miró fijamente las líneas ligeras y sinuosas del dibujo que, de repente, habían dejado de representar algo femenino, cuanto más su propia cara, y le dijo con una voz apenas audible, pero fría y distante:

—¿Está bromeando?

Y, entonces, él tuvo miedo. Llevaba mucho tiempo sin hacer planes: el destino lo había conducido a aquel lugar tétrico, en la antesala del infierno. Su sentido animal de supervivencia estaba casi agotado y el crepúsculo de la existencia terrenal no le parecía tan atractivo. Y he aquí que había encontrado a una mujer radiante, con una luz interior auténtica, y presentía en ella a una esposa cuyas manos frágiles sostendrían su vida extenuada, todavía aferrada a la tierra; veía también que era una dulce carga para sus

espaldas, que nunca habían soportado el peso de una familia, por su virilidad cobarde que esquivaba la carga de la paternidad, los deberes del cabeza de familia... Pero cómo había podido pensar..., cómo no se le había ocurrido antes..., tal vez ya pertenecía a otro, ¿a algún joven teniente o a un ingeniero de jersey remendado?

Cibeles lo desafiaba de nuevo con su lengua roja y puntiaguda, y su alegre séquito, compuesto por mujeres obscenas y monstruosas, pero que él conocía perfectamente, se contoneaba entre reflejos purpúreos.

Dejó escapar una risa ronca y fingida, le extendió el retrato y dijo:

—No, no es una broma. Simplemente no me paré a pensar que usted podía estar casada.

Se puso en pie y cogió su gorro indescriptible.

—Perdóneme.

La saludó a la manera de un oficial zarista, inclinando su cabeza rasurada con un golpe seco, y se dirigió a la salida. En ese momento Sóniechka gritó:

—¡Espere! ¡No, no! ¡No estoy casada!

Un hombre viejo sentado en una mesa de la biblioteca con una colección de periódicos les miró con desaprobación. Robert Víktorovich se volvió, sonrió con sus labios finos, y la confusión que hacía poco se había apoderado de él al sospechar que la mujer se le escapaba dio paso a otra confusión, todavía más profunda: no tenía la menor idea de qué decir o hacer ahora.

En medio del desierto yermo de la vida de evacuación, en medio de aquella miseria, de aquel abatimiento y del frenesí de eslóganes que a duras penas disimulaban el horror latente del primer invierno de guerra, de dónde sacaron energías Robert Víktorovich, al límite de sus fuerzas, y Sóniechka, de naturaleza frágil, para iniciar una nueva vida, aislada y solitaria como

una torre suana, logrando armonizar sin el menor desacuerdo unos pasados tan diferentes: la vida de Robert Víktorovich, quebrada como el vuelo de una ciega mariposa nocturna, con sus giros repentinos y alegres del judaísmo a las matemáticas y, luego, por fin, al trabajo de su vida, la afición inútil y fascinante de embadurnar lienzos -como él mismo definía su oficio-, y la vida de Sóniechka, alimentada de invenciones librescas de otros, falsas y seductoras.

Sóniechka aportaba a su vida en común una falta de experiencia sublime y sagrada, una sensibilidad ilimitada hacia todo lo importante, elevado, y no del todo comprensible, que volcaba sobre ella Robert Víktorovich. Por su parte, éste no cesaba de sorprenderse al constatar hasta qué punto su pasado adquiriría una luz nueva y diferente después de sus largas conversaciones nocturnas. Como por contacto con la piedra filosofal, esas noches que pasaba charlando con su mujer ponían en marcha un mecanismo mágico de depuración del pasado...

De los cinco años en el campo penitenciario, Robert Víktorovich recordaba los dos primeros como especialmente duros. Después, la situación se había mitigado: empezó a pintar retratos de las mujeres de los dirigentes, realizaba por encargo copias de copias... Los originales eran ejemplos lamentables de un arte degenerado y Robert Víktorovich, mientras pintaba, solía entretenerse con trucos técnicos de toda clase, como pintar con la mano izquierda. En el proceso descubría que el cambio temporal de mano repercutía en su percepción de los colores...

Por naturaleza, Robert Víktorovich tenía un carácter ascético y siempre se las había arreglado para pasar con lo estrictamente necesario, pero, privado durante muchos años de lo que incluso él consideraba imprescindible -pasta de dientes, una buena cuchilla y agua caliente para afeitarse, un pañuelo y papel higiénico-, ahora se alegraba con cada pequeña bagatela, con cada nuevo día iluminado por la presencia de su mujer, Sonia, con la relativa libertad de un hombre liberado milagrosamente de un campo penitenciario, cuya única obligación era presentarse una vez a la semana en la comisaría local...

Vivían mejor que la inmensa mayoría. Al pintor de la fábrica industrial le habían asignado una habitación sin ventana cerca de la caldera en el sótano del edificio administrativo. Hacía calor. Casi nunca cortaban el suministro eléctrico. El fogonero les asaba las patatas que les llevaba el padre de Sonia, el cual conseguía hacerse con más comida gracias a su impecable trabajo artesanal.

Un día Sonia dijo con aire soñador y un vago matiz de afectación, que no le era característico:

—Cuando la guerra acabe, cuando hayamos ganado, entonces sí que seremos felices...

Su marido la interrumpió, con un tono seco y mordaz:

—No te hagas ilusiones. Ahora vivimos muy bien. En cuanto a ganar... Tú y yo siempre estaremos en el bando de los perdedores, poco importa quiénes sean los monstruos que ganen. — Y terminó su frase de modo oscuro-: Mi maestro me enseñó a no ser ni verde ni azul, ni *parmularius* ni *scutarius*...

—¿De qué hablas? — le preguntó Sóniechka, inquieta.

—No es mío, es de Marco Aurelio. El azul y el verde eran los colores de los equipos en el hipódromo. Lo que quiero decir es que nunca me ha interesado qué caballo llega el primero. Para nosotros no es importante. En cualquier caso es aniquilado el ser humano, su vida privada. Duerme, Sonia.

Se enrolló una toalla alrededor de la cabeza -había adquirido esa extraña costumbre en el campo penitenciario- y se durmió al instante. Sóniechka, en cambio, permaneció mucho tiempo despierta en la oscuridad, atormentándose por aquella falta de entendimiento y tratando de desechar una sospecha todavía más espantosa que la falta de entendimiento: su marido poseía un saber tan peligroso que era mejor no tentarlo. Así, desvió el curso agitado de sus pensamientos hacia los suaves y sordos rasgueos en su bajo vientre, intentando imaginar cómo unos deditos de la medida de un cuarto de cerilla, en la misma oscuridad que en ese momento la rodeaba a

ella, tocaban ligeramente la pared blanda de su primer habitáculo, y sonreía.

Entretanto, el talento que Sóniechka tenía para percibir de una manera vivida y realista el universo de ficción se atrofiaba, se empañaba, y, de pronto, el más mínimo incidente que se produjera fuera de la página impresa -la captura de un ratón con una trampa de fabricación casera, el florecimiento de una rama seca y muerta en el interior de un vaso, un puñado de té chino que Robert Víktorovich había conseguido por casualidad- era más importante, más significativo, que el primer amor o la muerte de otro, e incluso que el descenso a los infiernos, ese punto extremo de la literatura donde convergían los gustos de los recientes cónyuges.

Sólo una semana después de su precipitado matrimonio, Sonia descubrió algo terrible acerca de su marido: era totalmente indiferente a la literatura rusa, la encontraba vacía, tendenciosa e insoportablemente moralista. Sólo con Pushkin hacía una excepción, pero a regañadientes... Se enfrascaron entonces en una discusión en la que Robert Víktorovich se enfrentó al ardor de Sóniechka con una argumentación rigurosa y fría que ella no entendió del todo, y la conferencia doméstica acabó entre lágrimas amargas y dulces abrazos.

Entrada la madrugada, el obstinado de Robert Víktorovich, que siempre tenía que decir la última palabra, aún tuvo tiempo de soltar a su mujer, que ya estaba medio dormida:

—¡Una peste! Eso es lo que son todas esas autoridades, desde Gamaliel hasta Marx... Y esos escritores tuyos... Gorki, tan engreído, y Ehrenburg, muerto de miedo... Y Apollinaire, también es un engreído...

—¿A Apollinaire también lo conociste?

—Sí -respondió él con desgana-. Durante la guerra... Vivimos dos meses bajo el mismo techo. Después me trasladaron a Bélgica, cerca de la ciudad de Ypres. ¿La conoces?

—Sí, la iperita, me acuerdo -musitó Sóniechka, admirada por la riqueza

inagotable de su biografía.

—Menos mal... Llegué justo en el momento del famoso ataque con gas. Pero estaba en la colina, a sotavento, por eso no me intoxicué. Un golpe de suerte detrás de otro... Será que tengo buena estrella...

Y para convencerse una vez más de esa suerte excepcional, reservada sólo a los elegidos, deslizó su brazo bajo los hombros de Sonia.

Nunca más volvieron a hablar de literatura rusa.

Un mes antes de que naciera el bebé, la misión de servicio indefinida de Robert Víktorovich, que éste había prolongado por todos los medios, llegó a su fin y recibió la orden de volver lo antes posible a la ciudad bashkiria de Davlekánovo, donde tenía que cumplir su pena de confinamiento, con la esperanza en un futuro que Sóniechka seguía imaginando maravilloso y sobre el que Robert Víktorovich albergaba serias dudas.

El padre y la madre, gravemente enferma de los pulmones, de Sonia habían intentado convencerla para que se quedara en la ciudad al menos hasta que diera a luz, pero Sóniechka estaba firmemente decidida a irse con su marido; además, Robert Víktorovich tampoco quería separarse de su mujer. Éste fue el único punto donde una sombra de insatisfacción se abatió sobre la relación entre el viejo relojero y su yerno. El anciano, que para entonces había perdido a un hijo y a su otro yerno, se sentía cercano a Robert Víktorovich, sin necesidad de palabras. No es que las diferencias de estatus social, en un mundo en el que se habían invertido todos los valores, carecieran ahora de importancia, pero se había puesto en evidencia el carácter ficticio de los privilegios del intelectual sobre el proletario. Por lo que respecta a todo lo demás, sin embargo, compartían la parte sumergida del iceberg cultural...

La familia preparó la partida de Sonia en veinticuatro horas: el plazo de tiempo concedido a Robert Víktorovich para arreglar todos sus asuntos. Su madre, vertiendo lágrimas amarillas, hacía dobladillos a los pañales

impetuosamente y, armada con una fina aguja preciosa, ribeteaba con ternura camisitas con retazos de sus viejas camisas. La hermana mayor de Sonia, que acababa de perder a su marido en el frente, tricotaba unos patucos diminutos de lana roja, con la mirada fija en el vacío. El padre, que se había procurado un *pudding* de mijo, lo repartía en varios saquitos sin dejar de mirar con aire incrédulo a Sonia que, aunque estaba en su noveno mes de embarazo, había adelgazado tanto en los últimos tiempos que ni siquiera había tenido que correr los botones de la falda y su estado se adivinaba no tanto por los cambios en su figura como por la cara levemente deformada y los labios hinchados.

—Una niña, será una niña -dijo la madre en voz baja-. Las niñas sorben siempre la belleza de la madre...

La hermana de Sonia asentía con apatía mientras Sóniechka sonreía, confusa, y repetía en su fuero interno: «Señor, si es posible que sea una niña... Y si es posible, rubita...»

Un ferroviario que los conocía los instaló en plena noche en un pequeño convoy de tres vagones que estaba a un kilómetro y medio de la estación, en un coche que conservaba como vestigio de sus orígenes nobles unos gruesos paneles de madera de buena calidad. Sin embargo, los asientos mullidos y las mesitas abatibles habían sido arrancados hacía mucho tiempo, y el lujo del pullman fue sustituido por bancos de madera.

Tardaron día y medio en hacer el trayecto de Sverdlovsk a Ufá, en un vagón abarrotado de pasajeros y, durante todo el camino, Robert Víktorovich, quién sabe por qué, se acordó de un viaje alocado que había hecho en su juventud a Barcelona, adonde se precipitó para conocer a Gaudí, en 1923 o 1924, después de haber ganado por primera vez una suma de dinero importante.

Sóniechka durmió serena durante casi todo el trayecto, hundiendo los pies en un bulto de mantas mullidas y con la espalda apoyada sobre el pecho delgado de su marido, mientras él evocaba la calle torcida y en pendiente

donde se encontraba su hotel, la pequeña fuente redonda y sencilla bajo la ventana, la tez morena y la nariz cincelada de la prostituta extraordinariamente bella con la que había estado de parranda a lo grande durante toda aquella semana en Barcelona. Hurgaba en la memoria y encontraba con facilidad recuerdos claros y vívidos: la cara de mochuelo del camarero del restaurante del hotel, los magníficos zapatos trenzados de piel de ternero color paja que se había comprado en una tienda coronada por un rótulo de color azul, «Homero», e incluso recordó el nombre de aquella chica de Barcelona: Concetta... Era italiana, una emigrante originaria de Abruzzos... Gaudí no le había gustado en absoluto... Ahora, un cuarto de siglo después, veía todavía con precisión aquellas construcciones extrañas, completamente vegetales, todas ellas artificiales e inverosímiles...

Sóniechka estornudó, medio se despertó y musitó algo. Él apretó contra sí su mano dormida, volvió a los alrededores de Ufá, a los remotos parajes de la salvaje Bashkiria, y sonrió meneando perplejo su cabeza gris: «¿Fui yo el que estuvo allí? ¿Soy yo el que está ahora aquí? No, la realidad no existe...»

La maternidad adonde Robert Víktorovich llevó a Sóniechka cuando salió de cuentas, a la primera señal de que el parto era inminente, estaba situada en las afueras de un pueblo grande y plano, en un terreno baldío sin árboles. El edificio estaba construido con ladrillos de arcilla mezclados con paja, era sórdido y tenía unas pequeñas ventanas opacas.

El único médico era un hombre rubio de mediana edad con una piel blanca y fina que se ruborizaba con facilidad, *pan[6]Zuwalski, un refugiado polaco, que en un pasado reciente había sido un médico reputado en Varsovia, un hombre de mundo y amante del buen vino. Estaba de espaldas a los pacientes que acababan de entrar, resplandeciente en su bata de un blanco azulado, incongruente con aquel lugar, pero tranquilizadora, mordisqueaba el extremo de sus bigotes rubios y limpiaba los cristales de sus grandes gafas con una gamuza. Varias veces al día se arrimaba a la ventana y contemplaba la tierra informe cubierta de matojos sucios en lugar de la armoniosa avenida Jerozolimskie, a la que daban las ventanas*

de su clínica de Varsovia, y se secaba los ojos llorosos con un pañuelo inglés a cuadros rojos y verdes, el último que le quedaba...

Acababa de examinar a una bashkiria de edad madura que había recorrido cuarenta verstras a caballo, gritó a la enfermera: «Lave a la señora», y ahora estaba allí, intentando controlar un involuntario temblor de resentimiento en el pecho, recordando con melancolía a sus pacientes de piel satinada, el olor dulzón a leche de sus preciados y cuidados genitales.

Se volvió al notar la presencia de alguien detrás, y descubrió, sentada en el banco, a una mujer joven de constitución robusta con un abrigo claro y gastado, y a un hombre canoso de rostro afilado con una cazadora remendada.

—Me he tomado la libertad de molestarle, doctor... -comenzó a decir el desconocido, y *pan* Zuwalski, intuyendo desde los primeros sonidos de su voz que el hombre pertenecía a su propia casta, la de la *intelligentsia* europea pisoteada, fue a su encuentro con una sonrisa de complicidad.

—Se lo ruego... Por favor. ¿Es su mujer? — le dijo *pan* Zuwalski con un tono ligeramente interrogador, reparando en la gran diferencia de edad que invitaba a suponer que había otro tipo de vínculo entre aquellas dos personas aparentemente mal combinadas. Señaló hacia la cortina, detrás de la cual se ocultaba una consulta diminuta.

Un cuarto de hora más tarde, ya había examinado a Sóniechka y confirmó la inminencia del parto, pero les pidió que se armaran de paciencia hasta las diez de la noche, si todo discurría bien y a su debido tiempo.

Colocaron a Sonia en una cama cubierta por un hule frío y rígido, *pan* Zuwalski le dio unas palmadas en el vientre en un gesto más propio de un veterinario y se fue junto a la mujer bashkiria, la cual como supieron, había dado a luz a un bebé muerto tres días antes, luego todo había ido bien, pero ahora había comenzado a encontrarse mal.

Dos horas y media más tarde, el doctor, con grandes lágrimas sobre sus mejillas bien afeitadas, salió al soportal donde Robert Víktorovich, que no se había alejado ni un momento, esperaba con aire sombrío, y le confesó con un susurro trágico al oído:

—Tendrían que fusilarme. No tengo derecho a operar en estas condiciones. No tengo nada, literalmente nada. Pero tampoco puedo no operar. ¡Dentro de veinticuatro horas morirá de septicemia!

—¿Qué tiene? — le preguntó Robert Víktorovich con la boca seca, al imaginarse a Sóniechka agonizante.

—¡Ay, Dios mío! ¡Perdóneme! Todo va bien con su mujer, tiene contracciones, me refería a esa pobre bashkiria...

Robert Víktorovich rechinó los dientes y maldijo para sí: no soportaba a los hombres emotivos que se dejan llevar por el deseo irrefrenable de expresar sus sentimientos. Se mordió los labios y miró para otro lado...

La pequeña de dos kilos que Sonia trajo al mundo durante el cuarto de hora que *pan* Zuwalski se pasó hablando en el soportal, era rubia y con la carita alargada, exactamente igual a como Sonia se la había imaginado.

Todo cambió para Sóniechka de una manera tan completa y profunda que fue como si su vida anterior hubiera invertido su curso, llevándose consigo todo su mundo de libros, que tanto había amado, para dejarle a cambio los inimaginables sufrimientos de una existencia precaria, la miseria, el frío y la preocupación cotidiana por la pequeña Tania y Robert Víktorovich, que se ponían enfermos por turno.

La familia no habría podido salir delante de no ser por la ayuda regular del padre de Sonia, que se las ingeniaba para conseguirles y enviarles todo lo imprescindible. A todos los intentos de sus padres para convencerla de que regresara a Sverdlovsk con su hija en aquellos tiempos tan difíciles, la respuesta invariable de Sonia era: «Robert y yo tenemos que permanecer juntos.»

Después de un verano lluvioso, semejante a un otoño interminable, llegó sin transición un invierno riguroso. Desde la casita inestable de adobe húmedo que ahora habitaban, recordaban el sótano de las oficinas de la fábrica como un paraíso tropical.

La preocupación principal era el combustible. La escuela para tractoristas donde Robert Víktorovich trabajaba de contable, le prestaba a veces un caballo y, desde otoño, partía a menudo a la estepa a cortar altas hierbas secas, parecidas a juncos, cuyo nombre nunca supo. Una carreta llena hasta arriba permitía calentarse dos días, lo sabía por la experiencia adquirida en aquel pueblo durante el invierno que había pasado allí, antes de irse a Sverdlovsk.

Prensaba las hierbas formando briquetas artesanales con las que llenaba el cobertizo. Desmontó una parte del suelo que él mismo había instalado previamente sin pensar que necesitaría algún lugar donde guardar las patatas. Cavó un subterráneo que secó y apuntaló con tablas robadas. Construyó una letrina y su vecino, el viejo Raguímov, meneaba la cabeza y sonreía: en aquellas latitudes, una tabla de madera perforada se consideraba un lujo innecesario; desde el principio de los tiempos la gente se limitaba a utilizar un lugar no lejos de casa que llamaban «al aire libre».

Robert Víktorovich era resistente, musculoso, y el cansancio físico era un consuelo para su alma, que sufría una violenta repugnancia hacia aquellas cuentas absurdas con cifras manipuladas, la elaboración de informes falsos y actas ficticias relativas al combustible sustraído, repuestos robados y verduras vendidas en el mercado local, procedentes del huerto de la fábrica gestionado por un horticultor rufián, un ucraniano alegre y desvergonzado con el brazo derecho mutilado.

Pero cada tarde, al abrir la puerta de casa, a la luz viva de la llama que vomitaba la lámpara de queroseno y enmarcada en un halo centelleante irregular, veía a Sonia, sentada en la única silla, que él había transformado en un sillón y, como adherida a la punta afilada de su seno en forma de cojín, grisácea y ligeramente despeinada, como una pelota de tenis, la

cabecita del bebé. Todo aquel cuadro oscilaba y latía de la manera más silenciosa: las ondas de la luz difusa, las de la leche tibia e invisible, además de otras corrientes imperceptibles, que le dejaban inmóvil y olvidaba cerrar la puerta. «¡La puerta!», decía Sonia en un susurro alargado, toda sonriente para recibir a su marido, y, colocando a la niña de través sobre la única cama, sacaba de debajo de la almohada una olla que ponía en medio de la mesa vacía. Los mejores días había una sopa espesa de carne de caballo, patatas del huerto de la fábrica y mijo enviado por su padre.

Sóniechka se despertaba al alba con el menor movimiento de la niña, y la estrechaba contra su barriga, sintiendo la presencia de su marido en su espalda dormida. Sin abrir siquiera los ojos, desabotonaba la camisa de dormir, sacaba su pecho, endurecido de madrugada, se presionaba dos veces el pezón y dos chorritos largos manchaban el trapo abigarrado con el que se secaba el pecho. La niña comenzaba a revolverse, avanzaba los labios, besando el aire, y mordía el pezón como un pecesito mordería un gran anzuelo. La leche de Sonia era abundante y fluía fácilmente, y el amamantamiento de su bebé, acompañado de apretones, tirones y mordisquitos de sus encías sin dientes, le procuraba un placer que misteriosamente transmitía a su marido, que se despertaba infaliblemente a esa hora temprana. Él abrazaba la espalda ancha de Sonia, la apretaba celosamente contra él, y ella desfallecía bajo el doble peso de aquella felicidad inaguantable. Sonreía a la primera luz del día, y su cuerpo, silencioso y alegre, saciaba el hambre de aquellos dos seres preciosos que eran inseparables de ella.

Esta sensación matinal iluminaba todo el día. Las tareas de casa parecían hacerse solas, con facilidad y destreza, y cada día nuevo que Dios creaba se grababa en la memoria de Sóniechka por su singularidad, sin fundirse con los otros: uno por su lluvia perezosa caída al mediodía, otro por un imponente pájaro de patas torcidas y color orín, que se había posado en la cerca, o aquel otro que observó la primera línea serrada de un diente de leche prematuro en la encía inflamada de su hija. Sonia conservó para siempre -¿a quién le hacía falta ese ejercicio de memoria minucioso y absurdo?— el dibujo de cada día único, con sus olores, sus matices y, en particular, el peso inmenso de cada una de las palabras pronunciadas por su

marido en todas las situaciones de la vida corriente.

Muchos años después, Robert Víktorovich se sorprendería más de una vez ante la memoria exhaustiva de su mujer, que había depositado en un fondo secreto un sinfín de fechas, horas, detalles. Sóniechka incluso recordaba uno por uno todos los juguetes que Robert Víktorovich había construido a mansalva, con alegría creadora olvidada hacía tiempo, para la hija a medida que ésta crecía. Más tarde, Sóniechka se llevó a Moscú una infinidad de pequeños objetos -animales tallados en madera, pájaros hechos con cuerdas retorcidas, muñecas de madera con caras inquietantes-, pero tampoco olvidó nada de lo que le dejaron a los hijos y nietos de Raguímov, una bandada alegre de idénticos y delgados gorriones: la fortaleza desmontable para un rey-muñeco, con su torre gótica y su puente levadizo, el circo romano poblado de esclavos y animales en cajas de cerillas, y una construcción bastante voluminosa provista de un mango y multitud de tablillas de colores, que se movían, crujían y producían una música divertida, bárbara...

Esas fantasías superaban con creces las posibilidades lúdicas de una criatura. La niña, dotada de una memoria portentosa y que, como su madre, conservaba una infinidad de recuerdos de aquella época, no guardaba ninguno sobre los juguetes, tal vez en parte porque una vez en Aleksándrov, donde la familia, abandonando los Urales, se instaló en 1946, Robert Víktorovich le construyó ciudades fantásticas enteras con astillas y papel pintado, suntuosas anticipaciones de lo que más tarde se llamaría arquitectura de papel. Estos juguetes frágiles desaparecieron en el curso de los numerosos traslados de la familia a finales de los años cuarenta e inicios de los cincuenta.

Si la primera parte de la vida de Robert Víktorovich había transcurrido entre desmesurados y estrambóticos saltos geográficos, de Rusia a Francia, luego a América, los Balcanes, Argelia, de nuevo a Francia, para volver, finalmente, a Rusia, la segunda parte, marcada por el campo penitenciario y el confinamiento, transcurrió entre desplazamientos mínimos: Aleksándrov, Kalinin, Púshkino, Lianózovo. Así, empleó toda una década en acercarse a Moscú, una ciudad que a sus ojos no tenía nada de Atenas o Jerusalén.

Durante los primeros años de posguerra fue Sóniechka la que mantuvo a la familia: había heredado la máquina de coser de su madre y la temeridad inocente de una costurera autodidacta que sabía coser una manga a una sisa. Sus clientes no eran exigentes, y Sonia ponía todo su empeño y les hacía buen precio.

Robert Víktorovich trabajaba en empleos más apropiados para un semiinválido, de vigilante en un colegio o contable en una cooperativa que fabricaba unas grapas metálicas monstruosas destinadas a un uso desconocido. Después de haber probado en París las mieles de la libertad, Robert Víktorovich no lograba siquiera imaginarse desempeñando una actividad profesional al servicio de un Estado aburrido y siniestro, ni siquiera en el caso de que hubiera podido reconciliarse con su ferocidad obtusa y mentiras deshonestas.

Daba rienda suelta a su imaginación creativa sobre unas planchetas de un blanco níveo, donde levantó la tercera generación de aquellas construcciones de papel y astillas con las que en el pasado había entretenido a su hija. Con el paso del tiempo, reveló un talento especial para visualizar las estructuras geométricas, un sentido bien calibrado para las relaciones entre espacio y materia, y resultaba imposible apartar la mirada de aquellas figuras estrambóticas, que recortaba de una gran hoja, enseguida las arrugaba por aquí y por allá, las doblaba, les daba la vuelta, montando unos objetos que no tenían nombre y que nunca habían existido en la naturaleza. Ese juego, inventado en otro tiempo para su hija, se había convertido en el suyo.

La confianza femenina que Sonia le profesaba no conocía límites. Aceptó el talento de su marido con una fe ciega y admiraba con veneración religiosa todo lo que salía de sus manos. No comprendía los complejos problemas espaciales y todavía menos las elegantes soluciones que él les encontraba, pero en esos juegos extraños percibía el reflejo de su personalidad, el movimiento de fuerzas secretas, y repetía en su fuero interno, feliz, un pensamiento recóndito: «Dios mío, Dios mío, qué he hecho yo para merecer tanta felicidad...»

Se podía decir que Robert había abandonado la pintura. Aquellos juegos con los que había intentado divertir a Tániechka dieron origen a una nueva forma de arte. Como siempre, la suerte le sonrió: en el tren local para Aleksándrov se encontró con Tímler, un famoso pintor al que había conocido en París y con el que había mantenido el contacto después de regresar a Moscú, hasta su arresto. Este pintor con reputación formalista -quién nos explicará algún día lo que la mediocridad de los ambientes oficiales entendía con esa etiqueta- se había refugiado aquellos años en el teatro. Tímler visitó a Robert Víktorovich, permaneció hora y media en el cobertizo de madera mirando algunas composiciones sobre las cuales estaban inscritas una serie de cifras arábigas y letras hebreas y él, que era hijo del carpintero judío de un pueblo y había estudiado dos años en un *kheder*,^[7] a la vez que apreció su extraordinaria calidad, no se atrevió a preguntarle al autor el significado de esos extraños signos. Por su parte, a Robert no se le ocurrió que fuera necesario explicar lo que para él era la obvia conexión entre el alfabeto cabalístico -reminiscencia vaga de su entusiasmo adolescente por el judaísmo- y sus audaces juegos sobre descomposición y distorsión del espacio.

Durante un buen rato, Tímler bebió su té en silencio y, justo antes de irse, le dijo bruscamente:

—Robert, aquí hay mucha humedad, puede llevar sus obras a mi taller.

Esta proposición extremadamente generosa equivalía a un reconocimiento absoluto, pero Robert Víktorovich no la aprovechó. Aquellos objetos inclasificables, llamados a una existencia fortuita, volvieron a la nada, y acabaron pudriéndose en los sucesivos cobertizos, sin sobrevivir a los múltiples traslados.

Justamente allí, en ese cobertizo, el célebre Tímler confió a Robert Víktorovich un encargo para diseñar su primera maqueta teatral. Poco tiempo después sus maquetas se hicieron famosas en la escena teatral de Moscú, y los encargos escenográficos se sucedieron sin pausa. En un escenario de medio metro recreaba el refugio nocturno de Gorki, el estudio

de un difunto sin herederos o los inmortales almacenes de grano de Ostrovski.

La extraña Tániechka merodeaba entre los cobertizos de madera, los palomares y los columpios chirriantes. Le gustaba ponerse los vestidos viejos de su madre. Alta y delgada, la niña se perdía en las batas holgadas de Sóniechka, que se ceñía a la cintura con un pañuelo de cachemir descolorido. Alrededor de la carita alargada, como una semilla de diente de león madura que todavía no ha sido mecida por el viento, sobresalían unos cabellos recios y ensortijados, reacios al peine e imposibles de trenzar. Iba y venía por el aire denso, cargado de olores a viejos barriles, muebles de jardín podridos y las sombras espesas, ¡ay!, demasiado espesas, que envuelven las cosas decrepitas e inútiles, y de repente, como un camaleón, desaparecía en ellas. Se quedaba inmóvil mucho rato y temblaba cuando la llamaban. Sóniechka se preocupaba, se quejaba ante su marido por los nervios a flor de piel de su hija y su extraña languidez. Él le ponía la mano sobre el hombro y le decía:

—Déjala. No querrás que vaya marcando el paso, ¿no?

Sóniechka intentaba inculcarle el amor hacia los libros, pero a Tania, mientras escuchaba la lectura expresiva de su madre, los ojos se le ponían vidriosos y viajaba a lugares lejanos, cuya existencia Sonia ni siquiera sospechaba.

Durante años de matrimonio, Sóniechka se había transformado de joven idealista en pragmática ama de casa. Deseaba ardientemente tener una casa normal con agua corriente en la cocina, una habitación para su hija, un taller para su marido, croquetas de carne, compota de frutas, sábanas blancas y almidonadas, no cosidas a partir de tres retales desiguales. En persecución de esa gran meta, Sonia había cogido un segundo trabajo, cosía por las noches con su máquina y, a escondidas de su marido, ahorraba dinero. Además, soñaba con que su padre, viudo, se fuera a vivir con ellos. Se había quedado prácticamente ciego y estaba muy débil.

A fuerza de su trajín en autobuses suburbanos y trenes locales

desvencijados, Sonia envejeció rápido y mal. La suave pelusilla sobre el labio superior se le fue convirtiendo en una espesura descuidada y asexual, los párpados se le cayeron, confiriendo a su rostro una expresión perruna, y debajo de los ojos las sombras de cansancio se le hicieron crónicas, no desaparecían ni después del descanso dominical ni de las dos semanas de vacaciones.

Pero la amargura del envejecimiento no emponzoñaba la vida de Sóniechka, como les ocurre a las mujeres orgullosas de su belleza. Su marido era inmutablemente mucho mayor, lo que le proporcionaba la sensación de gozar de una eterna juventud, impresión que corroboraba el insaciable ardor conyugal de Robert Víktorovich. Y cada mañana se teñía del color de una felicidad de mujer que sentía no merecer, tan intensa que era imposible llegar a acostumbrarse. En el fondo del alma esperaba secretamente a cada instante perder esa felicidad, como si le hubiera tocado por mera casualidad, equivocación o descuido. También Tania, su dulce hija, le parecía otro regalo fortuito, lo que el ginecólogo le confirmó un día: Sóniechka tenía un útero, como se suele decir, infantil, poco desarrollado y no apto para dar a luz. Después de tener a Tániechka, jamás volvería a quedarse embarazada, lo que la afligía hasta el punto de hacerla llorar. Le parecía que no era digna del amor de su marido si no podía darle más hijos.

A principios de los años cincuenta, los enormes esfuerzos y trajines de Sóniechka se vieron recompensados cuando la familia medio intercambió, medio compró una nueva vivienda y se trasladó a la cuarta parte de una casa de madera de dos plantas, uno de los pocos edificios que todavía permanecían en pie en el parque Petrovski, por entonces casi completamente demolido, cerca del metro Dínamo. Era una casa maravillosa, la antigua dacha de un abogado famoso antes de la Revolución. También les correspondía una cuarta parte del jardín anexionado a la casa.

Los sueños de Sonia se habían hecho realidad. Tania tenía una habitación para ella, una buhardilla en la primera planta, el padre de Sonia, que entonces vivía su último año, ocupaba la pequeña habitación de la esquina, y Robert instaló su estudio en la terraza, protegida contra el frío. Tenían espacio para respirar e incluso iban más holgados de dinero.

La suerte quiso que, con ese cambio de vivienda, Robert Víktorovich fuera a parar cerca del Montmartre moscovita, a diez minutos a pie de una verdadera colonia de pintores. Para gran sorpresa suya, en ese lugar que había creído desértico e inculto, descubrió si no a almas gemelas, sí al menos a interlocutores: Aleksandr Ivánovich K., un barbizoniano ruso, protector de gatos abandonados y pájaros heridos, que pintaba sus fastuosos lienzos sentado sobre la tierra húmeda, afirmando que, como Anteo, el gigante mítico hijo de Gea, el contacto de sus posaderas con el suelo le infundía fuerza creativa; Grigori L., un budista zen ucraniano y calvo que lograba un efecto de porcelana traslúcida y seda cubriendo diez veces las capas de acuarela alternativamente con té y leche; Gavrilin, un poeta con la nariz rota y cabellos abigarrados, dotado de un talento innato para el dibujo: sobre grandes hojas de papel de embalar cortadas irregularmente, dibujaba, entre motivos alambicados, sus poemas palíndromo, criptogramas de nombres y cifras que fascinaban a Robert Víktorovich.

Todos esos personajes estrambóticos, que se descubrieron a principios del falso «deshielo», se sentían atraídos hacia Robert Víktorovich y poco a poco su casa, que un día había sido privada, se convirtió en una especie de club donde el anfitrión representaba el papel de presidente honorífico.

Seguía siendo, como de costumbre, un hombre lacónico, pero una sola observación suya expresando escepticismo o una simple sonrisa era suficiente para encauzar una conversación extraviada o reconducirla por nuevos derroteros. Rusia, sumida durante años en un silencio pesado, ahora volvía a hablar, pero la libertad de palabra tenía lugar de puertas adentro, tenían todavía el miedo en el cuerpo.

Sóniechka remendaba las medias de Tania estirándolas con un huevo liso de madera y prestaba oído a la conversación de los hombres. Las cosas sobre las que hablaban -los gorriones en invierno, las visiones del Maestro Eckhart, las técnicas para preparar té, la teoría del color de Goethe- no tenían relación con las preocupaciones de los tiempos que corrían, pero Sóniechka se calentaba piadosamente al fuego de aquella conversación universal y seguía repitiéndose: «Dios mío, Dios mío, qué he hecho yo para

merecer todo esto...»

Gavrilin, el tipo de la nariz aplastada, amante de todas las artes, tenía la costumbre de curiosear entre las revistas. Un día, en la biblioteca, encontró un artículo extenso dedicado a Robert Víktorovich en una revista de arte americana. La breve reseña biográfica concluía con una noticia exagerada sobre su muerte en un campo penitenciario estaliniano a finales de los años treinta. La parte crítica del artículo estaba redactada en un lenguaje que excedía los conocimientos lingüísticos del poeta Gavrilin, pero, a pesar de no poder entenderlo todo, por lo que alcanzó a traducir resultaba evidente que Robert Víktorovich era considerado prácticamente un pintor clásico y, en cualquier caso, el pionero de una corriente artística que entonces causaba furor en Europa. El artículo se acompañaba de cuatro reproducciones a todo color.

Al día siguiente, Robert Víktorovich se acercó a la biblioteca de Moscú en compañía de su amigo barbizoniano, encontró el artículo y estalló en una cólera indescriptible al constatar que una de las cuatro reproducciones no tenía nada que ver con él, puesto que era una obra de Morandi, y que otra estaba impresa al revés. Cuando acabó de leer el artículo se puso todavía más furioso.

—Ya en los años veinte América me dio la impresión de ser un país de perfectos idiotas -resopló Robert Víktorovich-. Por lo visto no ha mejorado.

Gavrilin, de todos modos, proclamó a los cuatro vientos la noticia del artículo. Las maquetas teatrales de Robert Víktorovich fueron recordadas incluso por los escenógrafos más curtidos y avisados, que no tardaron en llamar a su puerta.

La consecuencia inesperada de todo aquel revuelo fue la admisión de Robert Víktorovich en la Unión de Artistas, lo que le daba derecho a un lugar donde trabajar. Le concedieron un buen estudio, con ventanas que daban al estadio del Dínamo y no era en absoluto peor que su último estudio de París, una buhardilla en la calle Gay-Lussac con vistas a los jardines de Luxemburgo.

Sóniechka rondaba ya la cuarentena. Su pelo se había vuelto cano y había engordado mucho. Robert Víktorovich, delgado y ligero como una langosta, apenas había cambiado de aspecto y la diferencia de edad entre ambos poco a poco parecía desvanecerse. Tania se avergonzaba un poco de que sus padres fueran tan viejos, así como de ser tan alta y del tamaño de sus pies y pechos. Todo era desproporcionado, fuera de medida respecto a aquella década que todavía no conocía el crecimiento acelerado de las jóvenes generaciones. Pero Tania, a diferencia de Sonia, no tenía un hermano mayor que se burlara de ella. Al contrario, desde todas las paredes la miraban con benevolencia sus maravillosos retratos, que la immortalizaban en las diferentes etapas de la infancia. Y aquellos retratos mitigaban un poco la insatisfacción de Tania consigo misma. A partir de séptimo curso comenzó a recibir muestras convincentes de su atractivo por parte de sus compañeros de clase, aún inmaduros, y de chicos mayores.

Desde bien pequeña, Tania había visto satisfechos todos sus deseos. Sus padres, rebosantes de amor, se empleaban a fondo en ese cometido, anticipándose incluso a sus caprichos. Pececitos, un perro, un piano... hicieron acto de presencia casi el mismo día en que la niña los mencionó por primera vez.

Desde su nacimiento había estado rodeada de juguetes maravillosos, y los juegos solitarios, aquellos que no exigían otros participantes, constituían el elemento esencial de su vida. Así fue como, al abandonar las distracciones de una infancia prolongada y pasar dos años de letargo durante el cual experimentó la transición de la pubertad, en cuanto comprendió cuál era el juego favorito de los adultos, se entregó a él con la plena conciencia de su propio derecho al placer y la libertad de una personalidad que nunca había sido reprimida.

Tania no experimentó nada ni de lejos comparable al amor humillante de Sóniechka por Vitka Stárostin. Si bien no respondía a los cánones clásicos de belleza y carecía por completo de lo que se entiende comúnmente por gracia, su rostro alargado con una sutil nariz aquilina, enmarcado por rizos rebeldes y sus ojos rasgados, claros y vítreos, ejercían una extraña

seducción. Los niños de su edad estaban igualmente fascinados por la manera que tenía de jugar con cualquier cosa: un libro, un lápiz, su gorro. Entre sus manos siempre se desarrollaba un pequeño espectáculo que sólo disfrutaban sus compañeros más cercanos.

Un día, mientras jugaba con los dedos y los labios de su amigo Borís, por cuya casa había pasado a copiar los deberes de matemáticas, descubrió un objeto que no le pertenecía y que le interesó vivamente. A esa hora de la tarde, la puerta de la habitación de los padres de Borís se había quedado entreabierta y la ancha rendija luminosa con las dos sombras grandes frente al televisor parecían también formar parte de un juego, cuyas reglas observaban a la perfección, intercambiando réplicas que no tenían nada que ver con lo que estaba pasando. Aunque la sesión había comenzado con un cruce inocente e infantil de preguntas: «¿Lo has probado ya?», «¿Y tú?»; seguido de una proposición de Tániechka, que nunca había conocido una negativa: «¿Lo probamos?», la susodicha sesión acabó con una breve introducción, en el sentido literal y figurado de la palabra, del nuevo objeto de estudio.

En el momento culminante, desde la habitación vecina llegó una invitación intempestiva para ir a cenar y la continuación de la experiencia tuvo que ser postergada a un momento más apropiado.

Los siguientes encuentros tuvieron lugar sin presencia de los padres. Para Tania, lo más fascinante era la nueva conciencia del propio cuerpo. Descubrió que cada parte -los dedos, el pecho, el vientre, la espalda- estaba dotada de una sensibilidad diferente al contacto, que le permitía acceder a toda clase de sensaciones deliciosas, y esta experimentación compartida les proporcionó a ambos una fuente de placer inagotable.

El chico, un flacucho pecoso con unos enormes dientes salidos y boqueras en los labios, manifestó también un talento extraordinario, y en el curso de dos meses los jóvenes experimentadores, aplicándose con pasión desde las tres a las seis y media de la tarde, es decir hasta la hora en que volvían a casa los padres de Borís, asimilaron a la perfección todo el aspecto mecánico del amor, sin experimentar en el proceso la más mínima emoción

que traspasara los límites de una colaboración práctica y amistosa.

Después surgió un conflicto entre los dos, se podría decir que de carácter profesional: Tania le cogió a Borís un cuaderno de geometría y lo perdió. Luego se lo comunicó muy despreocupada, sin pedirle disculpas siquiera. Borís, que era un chico meticuloso e incluso maniático, se lo tomó a la tremenda, no tanto por la pérdida del cuaderno en sí como por la total incapacidad de Tania para comprender la inconveniencia de su conducta. Ella lo tildó de pelmazo, él de mal bicho. Riñeron.

Borís dedicaba tiempo, ahora libre, entre las tres y las seis y media de la tarde a hincar los codos con las matemáticas, cimentando una clara vocación por las ciencias exactas, mientras Tania, que no tenía prisas por labrarse un futuro, se quedaba en la buhardilla, tocaba una flauta de madera arrancando algunas notas mediocres, se comía las uñas y leía... ¡Ay, pobre Sóniechka, que había extinguido la luminosa juventud en las cimas de la literatura universal! Su hija, ignorante del mundo de las humanidades, leía ciencia ficción, sólo ciencia ficción, ya fuera rusa o extranjera...

Entretanto, el sonido vacilante de la flauta de Tania atraía a un regimiento de pretendientes. El aire en torno a ella estaba cargado de tensión, sus rizos electrizados y erizados soltaban pequeñas descargas en cuanto se le acercaba una mano. A Sóniechka apenas le quedaba tiempo, con el constante abrir y cerrar la puerta a jóvenes vestidos con jerséis zoológicos adornados con ciervos angulosos y chaquetas y guerreras militares gris azulado, el anacrónico uniforme de los estudiantes de finales de los años cincuenta, inventado en un acceso de nostalgia por algún ministro de Educación senil.

Vladímir A., un célebre músico que más tarde desataría un gran escándalo al quedarse en Europa en una época en que ese tipo de actos se consideraban desde el lado soviético un crimen político, describiría en sus memorias, publicadas a finales de los años noventa y que revelaron sus excelentes dotes para la escritura, las veladas musicales en la habitación de Tania, su piano vertical con un sonido maravilloso que necesitaba ser afinado a diario. Recordaría con ternura aquel desusado instrumento que

reveló el misterio de la personalidad de los objetos al músico debutante. Hablaría de él como podría hablar de una vieja parienta, muerta tiempo atrás, que obsequiara al autor en su infancia con inolvidables pasteles rellenos de cereza...

Según el testimonio de Vladímir A., fue precisamente en la habitación de Tania, cuya ventana intrincada daba al jardín y a un viejo manzano con el tronco escindido, mientras él acompañaba el sonido inseguro de la flauta de Tania, donde había experimentado por primera vez la emoción de la compenetración artística y la alegría de anularse musicalmente, para dar a la tímida flauta un mayor protagonismo.

Vladímir A., que en aquellos tiempos era un niño bajo y gordito, parecido a un tapir, estaba enamorado de Tania. Le dejó una huella indeleble en su vida y en su corazón, y sus dos esposas, tanto la primera, moscovita, como la segunda, londinense, pertenecían incontestablemente al mismo tipo de mujer.

El segundo interlocutor musical era Aliosha el petersburgués, apodo con el que se dio a conocer en Moscú. A la formación clásica de Volodia, él contraponía la improvisación de la guitarra y el completo dominio de cualquier objeto capaz de producir un sonido, desde la armónica hasta las latas de conserva. Además era poeta y entonaba con una voz aguda de *petrushka* las primeras canciones de la nueva cultura de la disidencia.

Había también otros chicos, espectadores más que participantes, pero también ellos eran imprescindibles, puesto que constituían el público entusiasta que necesitaban las dos futuras celebridades.

En su juventud, Robert Víktorovich también había sido el centro de un torbellino de corrientes invisibles, pero eran corrientes de otra naturaleza, intelectuales. Ellas también, como la flauta de Tania, atraían a un tropel de jóvenes. Sorprendentemente, ese círculo de adolescentes judíos precoces, *teenagers* como se diría ahora, estudiaba, en los años cruciales de preguerra, no el marxismo, entonces en boga, sino el *Sefer ha Zohar*, el *Libro del esplendor*, tratado fundamental de la cábala. Estos chicos de

Podol, el barrio judío de Kiev, se reunían en casa de Avigdor-Melnik, el padre de Robert Víktorovich. La casa era colindante a la de Swartsman, padre de Lev Shéstov, con el que Robert Víktorovich trabaría amistad veinte años más tarde en París.

Ninguno de esos jóvenes que sobrevivirían a los años de la guerra y la revolución llegaría a ser un filósofo judío tradicional o predicador. Todos se habían vuelto *apikorsim*, es decir librepensadores. Uno de ellos se convirtió en un brillante teórico -y un practicante ligeramente menos exitoso- del floreciente arte de la cinematografía, otro se convirtió en un músico famoso, un tercero, en un cirujano de manos prodigiosas, y todos se habían alimentado de la misma leche, de la joven electricidad que se acumulaba bajo el techo de Avigdor-Melnik.

Lo que se producía alrededor de Tania, como intuía Robert Víktorovich, era de la misma naturaleza que lo que había alimentado su propia juventud, pero bajo el signo de otro elemento, el femenino, tan hostil a él, y además con la marca de una generación decadente, empobrecida...

Robert Víktorovich fue el primero en darse cuenta de que los visitantes nocturnos de Tania se marchaban a veces de madrugada. Un día en que, fiel a su costumbre matutina, había salido hacia las cinco de la madrugada de la parte de la casa donde dormían para ir a su estudio-terrazza y aprovechar las primeras horas del día que él consideraba las más puras, Robert Víktorovich descubrió sobre la nieve fresca unas pisadas que iban del zaguán a la cancela. Algunos días más tarde volvió a detectar pisadas y preguntó a Sóniechka con cautela si su hermana se había quedado a pasar la noche en casa. Sóniechka, sorprendida, dijo que no, Ania no se había quedado a dormir allí...

Robert Víktorovich no tuvo que realizar pesquisas, puesto que a la mañana siguiente vio a un hombre joven y alto vestido con una cazadora delgada cruzar el jardín. No le dijo una palabra a Sonia de su descubrimiento. Por la noche, Sóniechka apoyaba su cabeza pesada sobre el hombro de su marido y se quejaba:

—No estudia... No hace nada..., en la escuela la riñen..., y esa Raísa Semiónovna lanza insinuaciones maliciosas...

Robert Víktorovich la consolaba:

—Déjalo, Sonia, no te preocupes. Todo está muerto y emite un hedor repugnante... Que deje esa maldita escuela. De todas maneras, no le servirá para nada...

—Pero ¿qué dices? — se alarmó Sonia-. ¡La educación es indispensable!

—Cálmate -la interrumpió su marido-. Deja a la chica en paz. Si no tiene ganas lo mejor es no presionarla. Que toque la flauta, eso también es útil.

—Pero, Robert, esos chicos... Me preocupa tanto... -protestó tímidamente Sonia-. Tengo la impresión de que uno de ellos se quedó toda una noche y a la mañana siguiente no fue a la escuela.

Robert no hizo partícipe a Sonia de sus observaciones matutinas, guardó silencio.

Desde que Tania le había dado pasaporte a Borís, aquello era una auténtica bacanal. Jóvenes con las hormonas revolucionadas se arremolinaban a su alrededor, sin tregua, de modo inoportuno. Con algunos de sus pretendientes Tania experimentó la nueva diversión. Borís salía airoso de cualquier comparación, desde todos los puntos de vista.

Con la llegada de la primavera se hizo evidente que no pasaría de curso. El suplicio escolar se había hecho insoportable y Robert, sin decir nada a Sonia, matriculó a Tania en una escuela nocturna, una decisión que acarrearía consecuencias muy graves para toda la familia y, en primer lugar, para él.

El omnipotente capricho del destino que antes había dictaminado que Sóniechka se convirtiera en la mujer de Robert Víktorovich ahora intervenía en la vida de Tania. El objeto de su pasión amorosa era la chica

de la limpieza de la escuela que también era su compañera de clase en el turno de noche, Yasia, una polaca menuda de dieciocho años con el cutis tan fino como un huevo recién puesto. Su amistad se consolidó lentamente en el pupitre de la penúltima fila. La robusta y vigorosa Tania miraba con adoración a Yasia, frágil y transparente como un frasquito de farmacia reluciente, y languidecía de timidez. Yasia era retraída, respondía con monosílabos a las raras preguntas de Tania y tenía un aspecto entre distante y altivo. Era la hija de unos comunistas polacos que habían huido de la invasión fascista, cada uno, forzados por las circunstancias, hacia una dirección diferente: el padre hacia el oeste, la madre con su bebé hacia el este, a Rusia. Esta última no había logrado fundirse en la masa de millones de habitantes presentes en un país tan grande y había sido caritativamente deportada a Kazajstán, donde después de vivir con penurias durante diez años murió, sin perder sus ideales sublimes y absurdos.

Yasia fue a parar a un orfelinato, donde manifestó un apego a la vida extraordinario, sobreviviendo a unas condiciones que parecían especialmente diseñadas para asegurar la lenta agonía del cuerpo y el alma, y se había salido con la suya gracias a su talento para aprovechar al máximo las oportunidades que se le presentaban.

Sus cejas altas arqueadas por encima de sus ojos grises y su delicada boca de gatita parecían pedir protección y, de hecho, la protección no tardó en aparecer. Entre sus protectores había tanto hombres como mujeres, pero su naturaleza independiente la empujaba a preferir a los hombres, porque desde una edad temprana había aprendido a saldar sus deudas de una forma poco costosa.

Uno de sus más recientes protectores, aparecido después de que la ingresaran en una horrible escuela de artes y oficios para huérfanos y de donde estaba planeando fugarse, era un tártaro gordo y cuarentón, Ravil, el revisor de tren que la había llevado hasta la estación de Kazan, en la ciudad de Moscú, donde ella tenía la intención de emprender el vuelo. En el bolsillo lateral de su bolsa a cuadros guardaba su pasaporte -robado del despacho del director y expedido a su nombre hacía poco tiempo- y veintitrés rublos de antes de la reforma sustraídos a Ravil mientras éste

dormía, cuando el tren se aproximaba a Orenburgo. Aquel dinero robado no quitaba el sueño a Yasia por dos motivos: sólo había sisado unos pocos billetes del grueso fajo y además sentía que ese dinero se lo había ganado con creces durante los cuatro días de viaje.

Ravil no se dio cuenta del robo y se sintió muy apenado cuando la chica no se presentó al día siguiente ante el vagón número siete para volver a Kazajstán como le había prometido.

No sin una leve sonrisa de condescendencia hacia sí misma, hacia la ilusa que había sido en un pasado no muy remoto, Yasia le explicó a Tania cómo, después de humedecer la toalla gris del tren en el lavamanos del lavabo público de la estación de Kazan, se desnudó ante la mirada atónita de las asiáticas que atestaban ese lugar nauseabundo, se lavó de pies a cabeza, sacó de la misma bolsa a cuadros una blusa blanca con un volante alrededor del cuello envuelta en dos periódicos, que había estado guardando mucho tiempo para la ocasión, se cambió y, después de arrojar la toalla a la papelería de hierro oxidado, se lanzó a la conquista de Moscú, partiendo desde la posición estratégica donde la había situado el azar, es decir, desde la famosa plaza de las tres estaciones.

Su bolsa a cuadros contenía dos pares de pantalones, una blusa azul sucia, un cuaderno con poesías copiadas a mano y un paquete de tarjetas postales de actores famosos. Era decidida, despierta y, con toda honestidad, ingenua a más no poder: soñaba con llegar a ser actriz de cine.

Todo apuntaba a que Yasia se convertiría en prostituta profesional, pero eso no fue lo que pasó.

Durante sus dos primeros años en Moscú había obtenido resultados considerables: disponía de un permiso de residencia temporal y un alojamiento provisional en el trastero de la escuela donde trabajaba como mujer de la limpieza y donde de vez en cuando la visitaba el comisario de policía del barrio, Malinin, benefactor entrado en años con una cara roja, por medio del cual había obtenido todos aquellos obsequios temporales del destino. Las visitas de Malinin eran breves, no suponían gran cosa para

Yasia y no tenían demasiado atractivo para el propio Malinin, pero él tenía vocación de extorsionista y sobornador, y como a Yasia no podía sacarle nada en absoluto tuvo que conformarse con lo que ella le ofrecía.

Fue en ese mismo trastero, sobre una colchoneta de gimnasia que hacía las veces de cama, donde Yasia le contó a Tania su historia. Tania la escuchó con toda el alma, experimentando un sentimiento muy intenso y complejo que era una mezcla de pena, envidia y vergüenza por su insulso bienestar. Yasia, después de relatar sus recuerdos, impasible y con todo lujo de detalles, sintió una náusea tan violenta que no volvió a compartir aquella verdad con nadie más. Inventó un nuevo pasado, con una abuela aristócrata, una finca familiar en Polonia y parientes franceses que, a su debido momento, como por arte de magia, aparecerían en su vida...

Además del trastero de Yasia, había otro recinto habitado en la escuela, cuya inquilina era Taisia Serguéyevna, una viuda de guerra que impartía clases de lengua y literatura rusa. Desaprobaba sin paliativos las visitas de Malinin, lo que no le impedía pedir a Yasia que cuidara de sus hijos pequeños y le hiciera la colada. A cambio de esos servicios de buena vecindad, Yasia estaba autorizada a utilizar sus estanterías de libros y tenía su consentimiento para ausentarse de las clases de literatura. Taisia Serguéyevna prefería que a esa hora Yasia cuidara de los niños.

Una vez cumplidas todas las tareas a su cargo, Yasia se tumbaba sobre la colchoneta de cuero impregnada de sudor y aprendía de memoria las fábulas de Krilov, que, desde siempre, eran un requisito indispensable para ser admitido en las escuelas de arte dramático. O bien leía Shakespeare en voz alta, desde el primer al último volumen, interpretando con un hilo de voz trágico todos los personajes femeninos: desde Miranda, hija de Próspero, hasta Marina, hija de Pericles.

Los profesores de la escuela nocturna, que antes de la hora de comer ya estaban fatigados de dar clase a los hermanos más jóvenes de sus alumnos de tarde, no los agobiaban demasiado. Además, la mitad de la clase estaba compuesta por los residentes de una escuela de policía que se encontraba en las inmediaciones de la escuela, y aquellos jóvenes cansados dormitaban

apaciblemente en la penumbra del aula, recibían sus calificaciones mediocres y proseguían sus estudios con éxito: algunos como juristas, otros subían peldaños en el Partido... Yasia era la única de la clase a la que el pupitre le iba a la medida, los demás quedaban empotrados en esos armatostes de madera especialmente diseñados para torturar a los jóvenes...

Tania, brusca y vigorosa, se movía estrepitosamente con la libertad indómita de un potro. Cuando se sentaba al pupitre, lo retiraba de tal manera que la cabecita ligera de Yasia pegaba un bote. Yasia, en cambio, se levantaba del pupitre sin hacer el menor ruido, apartando la tapa y ejecutando un movimiento escurridizo y delicado con las caderas. Mientras avanzaba por el estrecho pasillo que conducía a la pizarra, la parte inferior de su cuerpo quedaba un poco rezagada respecto a la parte superior y la pierna sobre la que se apoyaba quedaba ligeramente atrás, se quedaba inmóvil sobre la punta del pie y movía las rodillas como si empujara el tejido pesado de un vestido de noche y no una faldita raída. La flexión de su cintura tenía una gracia particular, cada parte de su cuerpo parecía realizar movimientos autónomos y cada uno de ellos -la danza ligera de los pechos, el balanceo de las caderas, la oscilación de los tobillos- no tenía nada que ver con las maniobras estudiadas de una coqueta, era la música femenina del cuerpo que exigía atención y admiración. Churilin, un policía de treinta años con una cara grande acribillada de marcas de guerra, movía la cabeza al verla pasar y farfullaba: «Eh, tú..., mmm...» Y no quedaba claro si ese mugido denotaba repulsión o placer. En cualquier caso, Yasia se comportaba con tanta dignidad que con los policías las cosas no fueron más allá del mugido de Churilin.

Camino de casa, Tania intentaba atravesar la oscuridad nocturna del parque imitando aquel paso, interpretando la música de Yasia con las rodillas, la cadera y los hombros. Estiraba el cuello, arrastraba la pierna, contoneaba las caderas. Le parecía que su altura excesiva le impedía ser tan fascinante y flexible como Yasia, entonces encorvaba la espalda: «Tiene algo de elfo», pensaba Tania, y, cansada de sus ejercicios de bailarina, corría hacia casa dando grandes zancadas y haciendo movimientos desiguales de acompañamiento, ahora con el brazo derecho, ahora con el izquierdo, levantaba bruscamente la cabeza para echarse hacia atrás los cabellos en los

que se enredaba la niebla nocturna y Robert Víktorovich, que a menudo iba a su encuentro al parque a aquella hora tardía, reconocía a lo lejos sus andares y todo su carácter inscrito en aquellos movimientos desproporcionados y sonreía ante el ímpetu y la torpeza de su hija, que le sacaba media cabeza.

A los dos les gustaba el parque nocturno, saboreaban la complicidad mutua silenciosa, la confirmación secreta de un pacto tácito contra Sóniechka. Tanto Robert Víktorovich, por un sentido de superioridad innato, como Tania, por su juventud y la herencia paterna, aspiraban a la posición privilegiada del intelectualismo, dejando para Sóniechka las tareas despreciables de la vida cotidiana.

Pero a Sóniechka no se le pasaba ni siquiera por la cabeza quejarse por su posición ni envidiar sus sueños de grandeza: fregaba platos y cacerolas, cocinaba con fervor apasionado, siguiendo las recetas copiadas con una tinta violeta pálida del libro de Yelena Molojovets que le había prestado su hermana, hervía tinas con la colada, blanqueaba la ropa y la almidonaba, mientras Robert Víktorovich, de vez en cuando, observando por detrás de la ancha espalda de Sóniechka el añil, la sémola, el jabón casero en escamas y las judías verdes, constataba con esa agudeza de espíritu que lo caracterizaba el innegable valor estético, el sentido sublime y la belleza de la creación doméstica de Sóniechka. «Sabio, sabio es el mundo de la hormiga...», pensaba al pasar, y cerraba la puerta de su cálida terraza, donde se acumulaban papeles austeros, el blanco de plomo y los pocos ingredientes que admitía para sus ejercicios severos.

A Tania no le interesaban lo más mínimo los quehaceres domésticos de su madre: su vida transcurría entonces en la niebla del enamoramiento. Al despertarse por la mañana, se quedaba largo rato acostada con los ojos cerrados, veía a Yasia, se imaginaba viviendo junto a ella situaciones fantasiosas y agradables: galopando a través de un prado joven sobre unos caballos blancos, o bien navegando en un yate por el mar, por ejemplo el Mediterráneo.

Su forma de tratar los instrumentos sagrados de la naturaleza, libre e incluso

descarada, había desviado un poco sus instintos, y mientras compartía con esbeltos jóvenes los placeres alegres de la carne, su alma anhelaba una relación sublime, una unión, una fusión, una reciprocidad de afectos que no tuviera límites ni fronteras. Su alma había escogido a Yasia y con todas sus fuerzas intentaba fundamentar esa elección, encontrarle una explicación racional.

—Ay, mamá, parece débil y etérea, ¡pero tiene una fuerza extraordinaria! —exclamaba Tania, hablando a su madre sobre su nueva amiga, el cruel orfelinato, las fugas, los azotes, las victorias. En sus relatos, Yasia, obedeciendo a su prudencia innata, había omitido algunos detalles: el confinamiento de la madre, el miserable comercio de su cuerpo infantil, la costumbre arraigada de cometer pequeños hurtos...

Pero Sóniechka había escuchado suficiente para compadecer de antemano el sufrimiento de aquella niña e intuir lo que había escondido a Tania. «Pobre, pobre niña», se dijo. «Y pensar que nuestra Tániechka podría haber conocido lo mismo, con todo lo que hemos pasado...»

Repasó las numerosas ocasiones en que Dios les había salvado de una muerte prematura: el día en que arrojaron a Robert Víktorovich del tren local de Aleksándrov, aquel otro cuando una viga cedió en el edificio donde ella trabajaba y la mitad de la habitación, de la que había salido un minuto antes, quedó sepultada bajo viejos ladrillos ennegrecidos, o la vez que estuvo a punto de morir de apendicitis en la mesa de operaciones... «Pobre criatura», suspiraba Sóniechka, y aquella niña desconocida adquiría los rasgos de Tania...

Hasta el día de Año Nuevo Tania no logró que Yasia se decidiera a visitar su casa. Yasia siempre rechazaba sus invitaciones, encogiéndose de hombros, sin dar ninguna explicación a su insistente rechazo.

En realidad, Yasia abrigaba hacía tiempo el presentimiento, vago pero intenso, de que se abría ante ella un nuevo espacio rico en promesas y, como un comandante antes de una batalla decisiva, se preparaba en secreto y con sumo cuidado para aquella visita en la que ponía sus esperanzas más

indefinidas.

Había comprado en la tienda de tejidos de Nikítskie Vorota un retal de tafetán de color tostado, frío al tacto pero cálido a la vista, y todas las noches, con un punto minúsculo, confeccionaba a mano un vestido elegante, en silencio y soledad, con fervor y recogimiento, como una mujer encinta que siente el vago temor de atraer malos augurios y poner en peligro al bebé que viene en camino por coser con anticipación el ajuar de la canastilla.

Llegó el 31 de diciembre hacia la medianoche. La mesa estaba puesta y a su alrededor se sentaban el pintor barbizoniano, el poeta y un director de cine con nariz de pájaro y boca de rana. Yasia todavía no había tenido tiempo de observar sus caras expresivas, pero ya se regocijaba para sus adentros, comprendiendo que estaba a un paso del objetivo que se había fijado. Eran esos hombres adultos e independientes precisamente los que ella necesitaba para tomar carrerilla y alzar el vuelo hacia una victoria definitiva.

Dirigió una mirada dulce y llena de gratitud a Tania, que había ido a su encuentro alegre y radiante con las mejillas rosas de maquillaje. Hasta el último momento Tania había dudado que Yasia se presentara y ahora se enorgullecía de su belleza, como si fuera ella quien la hubiera inventado y modelado.

El vestido de Yasia emitía un susurro sedoso, y su cabello castaño claro, denso y compacto, como moldeado con resina clara, le caía sobre los hombros, exactamente igual que a Marina Vlady en *La bruja*, una película de moda aquel año. El escote del vestido era generoso y sus pechos caprinos, apretados el uno contra el otro, formaban una seductora línea descendente. Su cintura era fina, y la había exagerado dándole forma de copa. Los tobillos se le veían delgados bajo unas pantorrillas firmes y la redondez de sus antebrazos acentuaba la delicadeza de sus muñecas. Nada que ver con la vulgaridad de una guitarra, había pensado fugazmente Robert Víktorovich, sino el encanto cristalino de una pequeña copa.

Sóniechka estaba un poco decepcionada. Conmovida de antemano por el

duro destino de la amiga de Tania, no esperaba ver, en lugar de una cenicienta miserable, a una elegante belleza de ojos pintados, dotada de todo el encanto de la delicada gracia eslava.

Yasia respondía a las preguntas con monosílabos y mantenía la mirada baja, no levantaba los párpados cargados de rímel si no era para implorar -así mismo, implorar- con el tono de humildad regia de su difunta madre: «No, gracias... Sí, es muy amable...» En sus breves respuestas un oído fino podía detectar el acento polaco en las «l» y las «v» arrastradas.

Sóniechka llenaba el plato de Yasia, enternecida. Yasia suspiraba, declinaba, pero acababa comiéndose un ala de pato, una loncha de galantina o un poco de ensalada de cangrejo.

—No puedo más, se lo agradezco -decía Yasia con un tono de voz encantador y casi lastimero, pero Sóniechka no lograba ahuyentar la compasión de su corazón: pobre chica, sin padres y después el orfanato... Señor, ¿cómo es posible...?

Aleksandr Ivánovich, el barbizoniano, cantaba ya con su tenebrosa voz de diácono arias de óperas italianas; Gavrilin, un poco achispado, representó una imitación locamente divertida de un perro buscándose una pulga. Poniendo los ojos en blanco, a veces gruñía de rabia, a veces de placer, hundía la cabeza debajo de la axila y hacía morir de risa a todos los presentes. Robert Víktorovich sonreía, haciendo centellear el metal de sus ojos y el de su dentadura recién puesta.

A las dos llegó Aliosha el petersburgués, el fogoso admirador de Tania, con el halo de gloria futura que ya se ejercitaba en pasear, y una bolsita de hierba gris: era uno de los primeros aficionados al alucinógeno asiático de las orillas del Neva. Sin hacerse de rogar, Aliosha sacó la guitarra del estuche y cantó varias canciones a la vez divertidas y tristes, llenas de garbo, gesticulando con furia y retorciendo su boca de *petrushka* como un actor de teatro de feria.

Aliosha estaba enamorado de Tania, Tania estaba enamorada de Yasia,

mientras que Yasia, aquella noche de Año Nuevo, se enamoró del hogar de Tania. Al amanecer, cuando los invitados se marcharon y las chicas ayudaron a recoger la mesa, Sonia preparó una cama en la habitación de la esquina que estaba desocupada: fue allí donde Robert Víktorovich, que había entrado en busca de un rollo de papel gris, la descubrió a la mañana siguiente.

En la casa reinaba el silencio. Sonia, después de limpiar la casa, en total desbarajuste tras el paso de los invitados, se había ido a casa de su hermana y Tania dormía en la buhardilla. Yasia, despertada por el sonido chirriante de la puerta, abrió los ojos y se quedó un largo rato observando a Robert Víktorovich rebuscando detrás del armario y maldiciendo en voz baja. Lo miraba por la espalda e intentaba recordar a qué actor americano se parecía. Había visto la misma cara, los mismos cabellos plateados cortados a cepillo en la revista polaca *Przegląd artystyczny* que se sabía de cabo a rabo. No le venía a la cabeza el apellido del actor, pero le parecía incluso que la camisa a grandes cuadros de aquel americano era idéntica a la suya.

Se incorporó en la cama. La cama crujió. Robert Víktorovich se volvió. Del enorme camisón de Sonia asomó una cabecita clara sobre un cuello corto. La chiquilla se relamió los labios, sonrió, estiró de las mangas del camisón que se deslizó sin esfuerzo hacia abajo. Con un movimiento del pie empujó la manta al suelo, se levantó y el camisón cayó al suelo. Con sus pasitos de niña avanzó por el frío suelo pintado para llegar hasta Robert Víktorovich, le quitó el rollo de papel, que finalmente había encontrado, y, como si se intercambiara con él, acabó en los brazos de Robert Víktorovich.

—Si quieres uno, pero rapidito -dijo la ninfa diligente sin la más mínima coquetería, como le decía por costumbre a su benefactor, el policía Malinin. Pero en ese caso sabía por qué lo hacía, y ahora no era ni por interés ni por estrategia. Ni ella misma se lo podía explicar. Por agradecimiento a aquella familia... Además, se parecía tanto a aquel actor, americano, famoso... Peter O'Toole, tal vez...

La posibilidad de que un hombre pudiese rechazar los favores que ofrecía, sus muestras de gratitud y atención, era algo que simplemente no

contemplaba. Pequeña y como si hubiera acabado de salir de un torno, esculpida en la madera más blanca y cálida, le acercaba su carita festiva...

Robert Víktorovich retrocedió un poco hacia el armario y le dijo con voz severa: «¡Métete rápido bajo la manta, te vas a resfriar!» Y salió de la habitación, olvidando el rollo de papel. Nunca había visto un cuerpo que emitiera un brillo tan lunar, tan metálico.

Yasia se acurrucó bajo la manta todavía caliente y en un minuto se quedó dormida. Durmió con deleite, ni siquiera dormida olvidó la dulzura de ese sueño doméstico en aquella casa acogedora, y el camisón de Sonia, ahora debajo de su mejilla, desprendía un olor celestial.

Entretanto, Robert Víktorovich, como alma que lleva el diablo, recorría la habitación vecina, y sacudía la cabeza. El crepúsculo prematuro del año apenas iniciado despuntaba por la ventana, y Sonia no volvía, y Tania no descendía por la escalera crujiente. Abrió con cautela la puerta de la habitación de la esquina y se aproximó a la cama sin hacer ruido. La muchacha estaba tapada casi hasta la cabeza, sólo un mechón de cabellos castaños de su nuca asomaba a la superficie. Deslizó las palmas secas de sus manos bajo el montón de nieve cálido de la manta. La intromisión de sus manos no interrumpió el sueño de Yasia, no echó a perder nada. Yasia se volvió para entregarse a sus caricias y una nueva vida, la última, comenzó para Robert Víktorovich.

Al anochecer, el frío honesto del Año Nuevo se recrudeció. Los vestigios del festín del año pasado se resecaban sobre la mesa. Robert Víktorovich no probaba bocado. La comida de la víspera le repugnaba, y pensaba en sus sabios antepasados que quemaban las sobras de la comida de Pascua, evitando así que se degradara...

Sóniechka removía estúpidamente con la cuchara su té sin azúcar, se disponía a decir algo importante a su marido, pero no encontraba las palabras adecuadas.

Robert Víktorovich, con aire pensativo, aguzaba el oído a los ecos sordos

de un rumor de alegría que resonaba en la médula de sus viejos huesos y trataba de recordar cuándo había sentido algo parecido... De dónde procedía aquella extraña impresión de *déjà vécu*... Quizá había sentido algo parecido en su infancia cuando, después de jugar hasta el agotamiento en las aguas turbulentas del Dniéper, se arrastraba por la arena crujiente y recalentada, hundía los pies en ella y disfrutaba de ese baño arenoso hasta sentir un dulce eco en los huesos... Se parecía también a la aguda revelación de su infancia cuando, al salir de noche para hacer una pequeña necesidad, el joven Ruvim, hijo de Avigdor, que con los años se convertiría en Robert Víktorovich, levantó la cabeza y vio que todas las estrellas del universo le miraban desde lo alto con sus ojos vivos y curiosos, un tenue tañido cubrió el cielo con un manto plisado, y fue como si él, que no era más que un niño pequeño, sostuviera con sus manos todos los hilos del mundo, y en el extremo de cada uno sonara una campanita de sonido sutil y penetrante y él estaba en el centro de esa gigantesca caja musical, todo el universo hacía eco sumisamente a los latidos de su corazón, al flujo de su sangre y a la efusión de su orina tibia... Dejó caer su camisa de dormir zurcida y, lentamente, levantó los brazos en ademán de dirigir aquella orquesta celeste... Y la música le penetró hasta lo más hondo, propagándose en olas deliciosas por la médula de sus huesos...

La había olvidado. Había olvidado aquella música, sólo su recuerdo había sobrevivido durante largos años...

—Robert, ¿qué te parece que la chica se quede a vivir con nosotros? La habitación de la esquina está libre -dijo en voz baja Sóniechka, dejando la cuchara inmóvil dentro del vaso.

Robert Víktorovich miró a su mujer sorprendido y dijo lo que decía siempre cuando se trataba de problemas que no tenían nada que ver con él:

—Si te parece conveniente, Sonia. Haz lo que te parezca conveniente.

Se levantó y se fue a su habitación.

Yasia se instaló en la casa de Sóniechka. Su presencia silenciosa y

encantadora deleitaba a Sonia y además la colmaba secretamente de orgullo: acoger a una huérfana era una *mitsvá*, una buena acción, y para Sóniechka, que con el paso de los años apreciaba más y mejor sus raíces judías, era a la vez motivo de dicha y el agradable cumplimiento de un deber.

Se despertaba en ella el recuerdo del Sabbath y algo la empujaba hacia la vida ritual y bien reglada de sus antepasados con sus fundamentos inquebrantables, la sólida mesa con patas macizas cubierta con un mantel de fiesta almidonado, con las velas, el pan hecho en casa y ese misterio familiar que tenía lugar en toda casa judía en la vigilia del Sabbath. Apartada de esa vida ancestral, ponía todo su inconsciente fervor religioso en las recetas de guisos de carne con cebolla y zanahoria, en el blanqueamiento de las servilletas almidonadas, en el cuidado impecable con el que organizaba la mesa donde los recipientes para los condimentos, los soportes de los cuchillos y los platos pequeños eran distribuidos a izquierda o derecha, como exigía un canon moderno, el de la burguesía. Pero Sonia no sospechaba ni siquiera de lejos todo eso.

Durante los últimos años, años de relativa opulencia, sentía que su familia era demasiado reducida y en secreto se apenaba de que su destino no hubiera sido dar a luz a un montón de niños, como era costumbre en su estirpe. No paraba de comprar salseras desparejadas en hierro forjado y platos de cerámica inglesa a precios de ganga en una tienda de segunda mano de la calle Nízhnaya Maslovska, como si se estuviera preparando para la numerosa descendencia futura que tendría su hija Tania.

La religión de Sonia, como el Antiguo Testamento, se dividía en tres libros. Sólo que en lugar de la Torá, el Neviim y el Ketuvim estaban el Primero, el Segundo y el Postre.

La presencia de Yasia en la mesa le daba a Sóniechka la ilusión de que la familia había aumentado y de que adornaba las comidas. Se comportaba con toda naturalidad y dulzura, y parecía comer poco, pero con un hambre insaciable hasta encontrarse cómicamente exhausta, porque el recuerdo del hambre que había acompañado toda su infancia era imborrable.

Reclinándose contra el respaldo de la silla gemía con suavidad:

—¡Oh, tía Sonia! Estaba tan bueno..., he vuelto a comer más de la cuenta...

Sóniechka sonreía con aire de beatitud y ponía sobre la mesa los cuencos de vidrio para servir la compota de fruta.

Pasaron dos meses. Gracias a su capacidad felina de adaptación y a su delicadeza innata, Yasia no sólo tomó posesión de la habitación de la esquina, sino que además adquirió casi el estatus de una pariente en la familia.

Por las mañanas temprano corría a fregar el suelo áspero de los pasillos y los retretes fangosos de la escuela, adonde volvía por las tardes junto a Tania para seguir las clases. A veces, no llegaban a cruzar la puerta de la escuela y se saltaban aquellas lamentables clases que impartían profesores somnolientos. La relación entre las dos chicas se transformó en fraternal. Además, con el traslado de Yasia, Tania, aunque era la menor de la casa, adoptó sin darse cuenta el papel de hermana mayor y su pasión por Yasia dejó de ser tan arrebatada e intensa.

Las chicas se encerraban a menudo en la buhardilla de Tania. Ésta, adoptando la posición de loto, tocaba con la flauta su música vacilante, mientras que Yasia, hecha un ovillo a su pies, leía en un murmullo sibilante las obras agonizantes de Aleksandr Ostrovski. Se preparaba para el examen de ingreso en la escuela de teatro.

A Sonia le conmovía la afición de Yasia por la lectura. Además le daba la impresión de que Tániechka se familiarizaría al mismo tiempo con la gran cultura. Pero se equivocaba.

Cuando las chicas hablaban de algo, Yasia se limitaba a su papel de oyente bien educada. Escuchaba a Tania relatar sus aventuras amorosas, pero sin demasiado interés y sin compartir sus emociones. El entusiasmo de su amiga le resultaba completamente incomprensible, y Tania relacionaba equivocadamente el desinterés de Yasia con la insignificancia de las

experiencias de ésta en comparación con las ricas y variadas vivencias de la amiga. No se le pasaba ni siquiera por la cabeza que Yasia desde los doce años se había liberado por la necesidad de dejar penetrar su cuerpo totalmente indiferente por «las cositas repugnantes de ellos»...

Robert Víktorovich se sentía desfallecer en presencia de Yasia. El episodio de la habitación de la esquina, durante el crepúsculo prematuro del primer día del año, le parecía una alucinación, la incursión en un sueño que no era el suyo. Ahora sólo dedicaba a Yasia algunas miradas con el rabillo del ojo, dándole placer a la vista de manera furtiva con aquella blancura silenciosa y fundiéndose en el fuego del deseo juvenil. Si no se permitía hacer el más mínimo movimiento hacia ella, no era porque se lo impidieran ínfimos principios morales. El deseo le pertenecía, pero aquella mujer no... Además, ocupando por el empeño de Sonia una posición tabú al lado de su hija, no podía pertenecerle.

Se pasaba horas mirando por la ventana la blancura de la nieve que cambiaba sutilmente según la luz y la humedad, examinaba el perfil blanco y liso de la jarra de porcelana, los recortes de papel Whatman granulado sobre la mesa, el blanco mate de los moldes en yeso de antiguos bajorrelieves con las letras apenas perceptibles de un alfabeto antiguo.

Al final del segundo mes comenzó a pintar de nuevo, veinte años después de los ejercicios que había realizado en el campo penitenciario: copias *kitsch* de aquella gente completamente tediosa.

Ahora Robert Víktorovich no pintaba otra cosa que naturalezas muertas blancas donde sintetizaba sus complejas reflexiones sobre la naturaleza, la forma y la consistencia del blanco, que subyuga el principio de la pintura, y las sílabas, las palabras de sus meditaciones eran azucareras de porcelana, toallas blancas de nido de abeja, leche en un tarro de vidrio, todo aquello que parecería simplemente blanco para un ojo ordinario, pero que para Robert Víktorovich representaba un camino doloroso en su búsqueda del ideal y del misterio.

Una mañana temprano en que el invierno se estaba batiendo ya en retirada y

la espléndida nieve del parque Petrovski se había marchitado y encogido, se encontraron en el zaguán: Robert Víktorovich llevaba dos bastidores y un rollo de papel kraft, y Yasia dos libros de texto dentro de una bolsa de tela roja.

—Aguánteme esto un momento, por favor.

Robert Víktorovich le puso el rollo entre las manos con la vaga sensación de que algo parecido había pasado antes.

Yasia se apresuró a coger el rollo, mientras él intentaba coger mejor los bastidores.

—Si quiere, le ayudo a llevarlo -le propuso la chica sin levantar la mirada.

No contestó, ella levantó la mirada y, por primera vez durante el tiempo que llevaban viviendo bajo el mismo techo, él zambulló su mirada penetrante hasta el fondo de sus ojos serenos. Él asintió y ella bajó la cabeza, cubierta con un pañuelo blanco y suave, en señal de aprobación, y le siguió pisando con sus botas de agua infantiles las huellas que él dejaba en la nieve, como si cumpliera un ritual mágico.

Robert Víktorovich no se volvió durante el breve trayecto. Así, caminando uno detrás del otro, llegaron a la entrada de un edificio donde detrás de las puertas que se alineaban a lo largo de los pasillos se creaba con gran aplicación y diligencia un arte socialista bien remunerado, sacando de vez en cuando a los desangelados pasillos engorrosas variantes del gigante del pensamiento calvo...[\[8\]](#)

Con la espalda apoyada contra un monumento de granito, aguantó torpemente la puerta con el pie para dejar pasar a Yasia. En el momento en que la puerta se cerró de un portazo, Robert Víktorovich sintió latir su corazón con golpes violentos y sordos, pero no en el pecho, sino en algún lugar en lo más profundo del vientre. Esas palpitaciones trepaban por él

como el sol sobre el horizonte, un rumor de mar llenó su cabeza, las sienes e incluso las puntas de los dedos. Dejó en el suelo los bastidores, cogió el rollo de las manos de Yasia. Fue entonces cuando recordó todo lo que había pasado.

Él puso su mano sobre la pelusa ahora humedecida del pañuelo y sonrió mientras Yasia se desabrochaba ya con diligencia los botones grandes del improvisado abrigo cortado a partir de una manta vieja, que había pasado largas tardes cosiendo junto a Sóniechka. Aquel año estaban de moda los botones grandes. La falda y la blusa de Yasia se cerraban con enjambres de botones marrones y blancos y, después de quitarse el abrigo, los desabotonó uno por uno, seria y concentrada, haciéndolos salir de los ojos cuidadosamente ribeteados.

Las palpitaciones, que habían alcanzado la potencia de una alarma e invadido hasta el más ínfimo de sus capilares, cesaron bruscamente, y en un silencio deslumbrante ella se sentó en el sillón roto sobre sus piernas, pequeñas y firmes. Después se soltó el pelo que llevaba recogido en la coronilla con una goma mientras esperaba que él saliera de su pasmo y tomara aquella insignificancia que a ella no le costaba nada...

Desde aquel día, Yasia pasaba a verle por el estudio casi a diario. Su relación era apasionada y extrañamente silenciosa. Normalmente, ella llegaba, se sentaba en el sillón que había escogido desde el primer momento y se soltaba el pelo. Él ponía el hervidor en el hornillo, preparaba un té cargado y disolvía cinco terrones de azúcar en una jarra de esmalte blanco - marcada por el recuerdo del orfelinato, no podía saciarse de dulce- y ponía frente a ella el azucarero de porcelana blanco porque no sólo le gustaba beber el té azucarado, también le gustaba bebérselo mordiendo y chupando un terrón de azúcar.

Se la quedaba mirando mucho, mucho rato bebiendo su jarabe, y analizaba su blancura, que brillaba con más viveza ante él que los colores del arco iris sobre el fondo blanco mate de la pared desnuda. Y el brillo del esmalte de la jarra en su mano rosada y al mismo tiempo blanca, los grandes trozos de azúcar en porciones cristalinas y el cielo blanquecino detrás de la ventana,

toda aquella gama cromática ascendente culminaba con sabiduría en su carita blanca como un huevo, milagro de blancura, calidez y vivacidad, y aquella cara era la tonalidad principal de la que todo derivaba, surgía, interpretaba y cantaba el misterio del blanco muerto y el blanco vivo.

La admiraba, ella lo notaba y se elevaba bajo su mirada, se derretía en una vanidad femenina y saboreaba su poder absoluto porque sabía que no tenía más que decirle con su tono impúdico e infantil: «¿Quieres uno rapidito?», y él asentiría con la cabeza y la llevaría en sus brazos hasta la otomana recubierta con un tapete viejo, pero si ella no decía nada, se quedaría así, devorándola con los ojos, pobre tonto, tan extraño, tan especial, y locamente enamorado de ella.

«Locamente», se repetía Yasia en su fuero interno, y una sonrisa de orgullo afloraba en sus labios, y él percibía ese aire de triunfo un poco bobo, pero continuaba observándola, más y más, hasta que ella decía...

—Bueno, ya está... Me voy.

Él nunca le hacía preguntas, y ella tampoco le contaba nada. No era necesario. La atracción irrefrenable que sentía por ella, igual que el deseo persistente que ella tenía de estar a su lado, no necesitaba una confirmación verbal. En su presencia, Yasia tenía la impresión de haber cumplido la carrera con la que tanto había soñado: era rica, guapa y libre. Ya no necesitaba entrar en una escuela de teatro.

A mediados de abril Robert Víktorovich empezó a pintar un retrato de ella. Primero le hizo uno con una tetera y unas flores blancas. Después otro. Fue el principio de una hilera de rostros blancos, de manera que uno desaparecía a la sombra del siguiente para emerger de nuevo y todos aquellos rostros estaban unidos entre sí por un curioso efecto óptico.

Pintaba deprisa. Y aunque ella estaba a su lado y eso era importante para el pintor, no trabajaba del natural. Era como si estuviera impregnado de ella y se limitaba a lanzar de vez en cuando una mirada a lo más recóndito de su alma. Trabajaba durante todas las horas de luz y cada vez pasaba más

tiempo en su estudio. Siempre le había gustado escaparse allí bien temprano, ahora a menudo se quedaba a dormir.

Al mismo tiempo, mientras la atracción hacia su hogar se debilitaba y la vida de Robert se iba trasladando a su estudio, que ejercía de alcahueta acogiendo cómodamente a su silenciosa concubina, nubes amenazantes se cernían sobre su casa.

Su pequeño barrio fue condenado a la demolición. Después de años de rumores reiterados pero poco convincentes, un buen día se hicieron realidad en un miserable trozo de papel con un sello borroso que ordenaba la demolición de las casas y el reasentamiento de los inquilinos. Esa notificación no les fue entregada en mano, como procede en esos casos, sino por correo, y al mediodía, después del reparto de la mañana, Sonia advirtió aquel papel de mal agüero en el buzón.

Agarrando el papel entre sus dedos, Sonia corrió hacia el estudio de su marido, donde no solía ir, respetando una prohibición tácita que resultaba clara para ella. Robert Víktorovich estaba solo, trabajaba. Sonia se sentó en una butaca, que soltó una protesta con su peso. Su marido, silencioso, estaba sentado frente a ella. Durante un largo rato Sonia miró las pinturas de mujeres pálidas con ojos blancos y entendió quién era la verdadera reina de las nieves. Y Robert Víktorovich se dio cuenta de que ella lo había entendido. No se cruzaron palabra.

Sonia permaneció sentada en silencio, luego dejó la triste notificación sobre la mesa y se fue del estudio. A la salida del edificio se detuvo de golpe, asombrada. Le parecía que todo tenía que estar cubierto de nieve, pero en el exterior se arremolinaba y ondulaba el verde del mes de mayo en todas sus tonalidades y los largos timbrazos de los tranvías hacían eco a los diversos matices del verde.

Caminaba de vuelta a casa, a su querida y feliz casa que, por alguna razón, debía ser reducida a una montaña de troncos, y las lágrimas le resbalaban por las mejillas largas y arrugadas, mientras murmuraba con los labios resecos:

—Tenía que haber pasado hace mucho, mucho tiempo... Siempre supe que era imposible... No podía ser...

Durante los diez minutos que empleó en llegar a su casa fue consciente de que los diecisiete años de feliz matrimonio habían tocado a su fin, que nada le pertenecía, ni Robert Víktorovich -¿pero cuándo le había pertenecido?-, ni Tania, que era por completo diferente de ella, tal vez tenía algo de su padre o de su abuelo, pero en cualquier caso no tenía su naturaleza tímida, ni la casa, cuyos suspiros y crujidos oía por las noches, como los ancianos sienten que sus cuerpos se convierten en extraños con los años... «Es justo que tenga a su lado a una mujer joven y bella, dulce y refinada, igual de excepcional y extraordinaria que él, y con qué sabiduría la vida le ha enviado en la vejez este milagro que lo ha impulsado a volver a lo más importante para él, su arte...», pensaba Sonia.

Desolada, ligera, con un zumbido transparente en los oídos, entró en casa, se acercó a la biblioteca, cogió un libro al azar y se echó abriéndolo por la mitad. Era *La señorita campesina* de Pushkin. Liza había salido a comer, palideciendo su rostro con polvos blancos hasta las orejas, mucho más maquillada que Miss Jackson. Alekséi Bérestov hacía su papel de distraído y pensativo, y aquellas páginas alumbraron a Sonia con la silenciosa felicidad de la palabra perfecta y la nobleza personificada...

Los preparativos de la mudanza duraron varios días. Sóniechka hacía fardos, llenaba viejas cajas de cigarrillos con cacerolas y trapos, y vivía en un estado de ánimo extrañamente solemne: le parecía enterrar su vida pasada, empaquetar en cada una de aquellas cajas los minutos, los días, las noches y los años de su felicidad, y acariciaba con ternura aquellos féretros de cartón.

Sin mover un dedo, Tania deambulaba ensimismada por la casa, tropezando con los muebles que habían cambiado de lugar como si hubieran adquirido vida propia. Las puertas de los armarios se abrían de improviso, las sillas ponían la zancadilla.

Tania no ayudaba a su madre. Entregada exclusivamente a sus propias emociones, se abandonaba en cuerpo y alma al inmenso rechazo que le provocaba aquella situación.

Había además otra circunstancia que la deprimía profundamente: de naturaleza cerrada y sin haber desarrollado todavía su capacidad de expresarse, recorría ante Yasia todos los recodos de su corazón desordenado, y Yasia, con su silencio inteligente, resultó el único interlocutor que aceptaba todos sus sufrimientos perfectamente superficiales con una neutralidad benévola tan fecunda para Tania, que gracias a aquellas conversaciones, que más bien eran monólogos, aprendió a formular sus pensamientos y cazar imágenes al vuelo y eso le producía un placer enorme.

Sus otros amigos -Aliosha, greñudo y subversor de todo lo existente, y Volodia, con su talento oceánico, su memoria omnívora y los conocimientos que almacenaba sobre todos los temas posibles e imaginables- la arrastraban a la fuerza a sus mundos fascinantes, y sólo Yasia le brindaba la oportunidad de ser ella misma, de pensar en voz alta, de escoger a tientas aquellos detalles a partir de los cuales una persona traza a su gusto el esbozo inicial que determinará su visión del mundo. Era eso precisamente lo que daba a Tania la impresión de estar cerca de Yasia y suscitaba en ella un vago sentimiento de gratitud.

Durante los raros intervalos en que Tania descansaba de su autocontemplación, se daba cuenta de que Yasia tenía su propia vida. Pero todos los intentos por penetrar en aquel espacio vedado del día, durante las horas que no pasaba ni en la escuela ni en casa, tropezaban con un silencio afectuoso pero evasivo o con respuestas ambiguas. La primera hipótesis plausible -una relación secreta- había despertado en Tania una duda acuciante: ¿quién es él?

La pregunta encontró respuesta de la manera más casual. Tania se topó con su padre y Yasia en la entrada del metro, fue testigo, sin ser vista, de una escena inverosímil: comían un helado y se reían. El helado resbalaba en densas gotas y Robert Víktorovich limpió a Yasia una mancha blanca y pegajosa con un movimiento de dedos que a Tania, gran especialista en

materia de caricias, la hizo estremecerse con un sentimiento desconocido hasta entonces: los celos.

No fueron los intereses femeninos de la madre ni las consideraciones de orden moral lo que turbó a Tániechka. La única cosa que realmente la indignó era el infame encubrimiento de una historia que, por otra parte, no era de su incumbencia...

Tania le montó una escena a Yasia. Ésta, que esperaba ser descubierta tarde o temprano, recogió sus cosas a toda prisa y se escabulló por el zaguán esculpido, dejando a Tania desconsolada y confusa. Creía que su relación con Yasia era más importante que cualquier aventura amorosa...

En ese momento Robert Víktorovich estaba desmontando una estantería que había hecho con sus propias manos y tardó en darse cuenta de la ausencia de Yasia.

Finalmente llegó el día de la mudanza. A la luz de ese radiante día de verano, los muebles gastados, tan acogedores y familiares, comprados en el mercado de Preobrazhenski con un frenesí propio de cazadores, tenían un aspecto desolador. Lo cargaron todo en un furgón cubierto y lo trasladaron al deprimente barrio de Lijobori, a un piso incómodo de tres habitaciones donde todo era de una miseria decididamente humillante: las paredes delgadas, la cocina minúscula donde Sonia se daba con los codos, el baño sin acabar.

Robert Víktorovich fue colocando los muebles con ayuda de Gavrilin. Los objetos oponían una resistencia tozuda, reacios a ocupar el lugar asignado: sobresalían rincones inútiles por doquier, faltaban centímetros por todos lados. Robert Víktorovich tuvo que arrancar un zócalo para que un pequeño armario pudiera encajar en el espacio que le había sido destinado. Poco faltó para que Tania no se pusiera a llorar sobre el baúl abombado con herrajes que corría el riesgo de no caber en la nueva vivienda.

Sonia mandó colocar el diván de Yasia y la cama de Tania y dijo:

—Ésta será la habitación de las niñas.

Yasia, a quien Sonia había pedido que les echara una mano en la mudanza, aguzó el oído. No llegaba a comprender lo que estaba pasando. Por otra parte, tampoco le importaba. No era la casa lo que tanto apreciaba, sino otra cosa. Y le parecía que lo más importante lo tenía bien agarrado entre las manos.

Sonia sacó de quién sabe dónde una gran bolsa marrón, cogió un mantel mágico con servilletas, albóndigas frías y un termo con una sopa fría de verano.

Como siempre, Sóniechka sirvió a Yasia una ración abundante. La jovencita sonrió con gratitud. Sonia la sorprendía. «¿Es posible que esté tramando algo?», pensaba Yasia buscando una explicación racional. Pero sabía bien, en el fondo de su corazón, que no era así.

De repente, en medio de la comida, Tania levantó los brazos al cielo, empezó a sollozar, bamboleándose y agitando la cabeza, después estalló en una risa histérica, y cuando inesperadamente la crisis se mitigó, todavía empapada de lágrimas y del agua que le habían echado, anunció que partiría de inmediato a Píter.[\[9\]](#)

Yasia la condujo a la habitación que recientemente había sido bautizada como la habitación de las niñas y que nunca acogería a ninguna niña. Se tumbaron en la cama de Yasia. Yasia se quitó la goma de pelo que le aguantaba la cola en la coronilla y se reconciliaron del todo, acariciándose mutuamente los cabellos.

Sin embargo, Tania no alteró su decisión y esa misma noche se fue a casa de su bardo fumador de hierba suave.

Robert Víktorovich volvió al estudio de la calle Maslovska con Gavrilin y Yasia, y Sonia, después de despedirse de los suyos, se quedó sola para pasar

su primera noche en Lijobori. Pensó con tristeza en su vida, que cedía por todas las costuras, en la soledad que se había abatido sobre ella con un golpe tan repentino, y después se echó sobre el diván abandonado en la habitación de la entrada, cogió al azar de un paquete atado con una cuerda un libro de Schiller, y hasta el amanecer -¿qué otra persona se hubiera mantenido despierta con semejante lectura?– leyó *Wallenstein*, abandonándose deliberadamente al trance literario en el que había transcurrido su juventud.

Contrariamente a las suposiciones de Sóniechka, Robert Víktorovich no tenía intención de abandonarla. Iba a verla a Lijobori todos los sábados sin excepción y una o dos veces por semana acompañado de la discreta Yasia, y mientras ésta se atareaba con su susurro de seda en la habitación de las niñas revolviendo entre los trapitos y papeles suyos y de Tania, Robert Víktorovich cambiaba el alféizar de la ventana por otro más ancho, reforzaba las estanterías, serraba una estantería para hacer dos, colgaba los retratos de Tania.

Cenaban en la habitación del medio, que se había convertido en la de Sonia. Hablaban un poco de Tania, que hacía un mes que estaba en Píter y no paraba de aplazar su regreso al monstruoso barrio de Lijobori.

Se iban a dormir pronto. Yasia en la habitación de las niñas, Robert Víktorovich en la habitación separada junto a la entrada que le había sido asignada, mientras que Sóniechka se dejaba caer pesadamente sobre el diván y antes de conciliar el sueño se alegraba de que Robert Víktorovich estuviera allí, detrás de aquella pared delgada, a su derecha, y que a la izquierda estuviese la delicada y bella Yasia. Su única tristeza era que Tániechka no estuviera con ellos.

Por la mañana Sóniechka ponía en tarros la ensalada del día anterior, las croquetas y las gachas, los cerraba bien y colocaba todo dentro de la bolsa marrón que le entregaba a Yasia.

–Gracias, tía Sonia -le agradecía Yasia bajando la mirada.

El día en que Aleksandr Ivánovich celebraba su cumpleaños, Robert Víktorovich le pidió a Sonia que pasara por el estudio para ir todos juntos. Aquélla fue la primera salida en familia. Aleksandr Ivánovich, virgen y ya monje desde las entrañas de su madre, que nunca en su vida había estado implicado en ninguna intriga amorosa y sospechoso por esta razón de vicios más interesantes, fue el único que dio la bienvenida al trío con total naturalidad.

Los otros invitados, en particular las damas artistas, discutían con deleite por los rincones sobre aquel triángulo que se había formado, sin poder contenerse. Magdalina, una rubia un poco histérica, sufrió tanto por Sóniechka que le dio migraña. Sin embargo, era en vano: Sonia estaba feliz de que Robert la hubiera llevado, orgullosa de la fidelidad que, a su parecer, él manifestaba hacia ella, la esposa vieja y fea, y llena de admiración ante la belleza de Yasia.

A petición de Aleksandr Ivánovich hizo las veces de anfitriona, servía a los invitados la comida preparada y, al acordarse de los continuos dolores de estómago de Yasia, le dijo al oído:

—Querida, me parece que estos rollitos de col tienen un aspecto un poco... Ten cuidado...

Algunas damas estaban dispuestas a acusar a Sonia de hipócrita, daba la impresión de estar demasiado a gusto en una combinación aparentemente tan desfavorable para ella. Otras habrían querido compadecerse de su situación y expresar su desaprobación a Robert Víktorovich. Pero fue totalmente imposible puesto que se comportaban como una verdadera familia y se sentaron a la mesa como lo hacían en casa, como un triángulo doméstico: Robert Víktorovich en medio, a la derecha Sonia, sacándole media cabeza, y a la izquierda Yasia, en todo el esplendor de su blancura y un pequeño brillante luminoso en el dedo.

Era imposible imaginarse a Robert Víktorovich comprando un brillante en una joyería para su amante. Pero tenía que reconocerse que ella era de la raza de mujercitas frágiles a las que entran ganas de poner un pedrusco en

el dedo o de cubrir con un abrigo de piel su espalda aterida.

Robert Víktorovich no permitió a los otros, es decir, sus amigos, que tomaran partido por él o por su esposa, que expresaran compasión, desprecio o indignación...

Y la tarde siguió su curso normal. Gavrilin, un poco entonado, imitó la muerte de un cisne, después a Lenin y, en el bis, al famoso perro que se busca una pulga. Después se representó una farsa en la que un fantasma, más que vagar, se arrastraba por Europa bajo la apariencia de una vaca de seis patas, compuesta por las tres mujeres más gordas cubiertas con una cortina de lino.

Llegados a este punto de la fiesta todos se acordaron de Tania, la inventora de farsas más ingeniosa, y las damas más perspicaces se miraron entre sí como diciéndose: «Pobre chica.»

Entretanto, la pobre chica vivía en la simpática guarida de su amigo Aliosha, en la isla Vasilievski. Era la época de las noches blancas en Píter, Tania era intrépida y curiosa, y estaba siempre dispuesta a jugar a algo serio. No querían separarse por nada del mundo, con sus cuatro ojos descubrían cada rincón, y Aliosha, sorprendido, se daba cuenta de que la presencia de Tania, lejos de ser un obstáculo para su imprevisible vida, le proporcionaba posibilidades adicionales para apartarse del «sovietismo», como él llamaba con desprecio el estilo de vida corriente.

Unos días después de la celebración en casa de Aleksandr Ivánovich, Sonia viajó a Leningrado para visitar a su hija, la esperó durante medio día en el patio, pasó cuarenta minutos con Tania y Aliosha sentados a una mesa sobre la que se amontonaba una pila de libros, discos, restos de comida y botellas vacías, bebió un té y volvió a casa en el tren nocturno, después de pedirle a su hija que llamara más a menudo y dejarle algo de dinero.

En el tren, Sonia no durmió, no dejó de pensar en la vida maravillosa que llevaban su hija y su marido, en toda la juventud que florecía alrededor, qué pena que todo hubiera acabado para ella y qué felicidad había conocido

antes... Y movía la cabeza como una vieja, al ritmo del ligero balanceo del vagón, anticipándose al tic que le aparecería dos décadas más tarde...

Después llegó de nuevo el invierno. Las chicas tendrían que haber superado los exámenes finales, pero las dos habían abandonado la escuela. Tania se pasó el invierno viajando entre Moscú y Leningrado. Discutía continuamente con Aliosha, volvía a casa pero el barrio de Lijobori le provocaba tal tristeza que no tardaba en precipitarse de nuevo hacia su querido Píter.

Robert Víktorovich pintó durante todo el invierno. Perdió mucho peso, pero, al adelgazar, su cara se iluminó y se volvió más afable con todos. Su pequeña concubina llevaba una vida tranquila a su lado, bien haciendo ruido con los envoltorios de caramelos, bien haciendo frufrú con sedas baratas (no paraba de coser, aguja en ristre, vestidos de varios colores, todos siempre del mismo corte). Si no, hojeaba revistas polacas.

En aquella época Polonia era objeto de un entusiasmo general. De allí llegaban los vientos de libertad de Occidente, ligeramente recargado después de sobrevolar la Europa del Este.

Yasia dejó de esconder sus orígenes polacos y resultó que recordaba de maravilla la lengua que había hablado en la infancia con su madre. Robert Víktorovich, además de las principales lenguas europeas, hablaba también polaco y esa lengua encantadora, ceceante y suave, inspiró sus confidencias. Como en otro tiempo con Sonia, ahora le explicaba a Yasia pequeñas historias, incidentes divertidos, inverosímiles y terribles, y ésa también era su vida, si bien, por una especie de pudor verbal, era como si esa vida existiera entre paréntesis, al lado de la que Sonia conocía por sus relatos.

Yasia reía, lloraba, exclamaba «¡Jesús María!», estaba orgullosa de él, le admiraba y estaba tan contenta que acabó experimentando ciertas sensaciones agradables cuya existencia desconocía, a pesar de su larga y precoz experiencia con los hombres.

Por su parte, Robert Víktorovich no dejaba de contemplar su cuello inalterable, la piel fresca de su cara, la blancura bajo sus finas cejas, y pensó en el precio de la juventud, en esa forma de perfección de la que habló el único genio ruso..., esa que «no se digna ser inteligente».[10]

El cautiverio amoroso de Robert Víktorovich fue fructífero. Tuvo que construir un nuevo altillo en el estudio, faltaba espacio para poner los cuadros. Terminaba sus series blancas. Le parecía que no había hecho ningún descubrimiento. Había cavado el terreno que se le había presentado, que no era poca cosa, pero el secreto que prometía desvelarse de un momento a otro se le había escurrido entre las manos, dejándole el sufrimiento delicioso de haberlo rozado con la punta de los dedos, y a ella, la representante de pleno derecho de aquella belleza demoledora que vencía su cansancio, su vejez y el desgaste de la carne. Para el viejo Robert los desmedidos ejercicios amorosos no suponían una carga.

A finales de abril, en medio de una noche húmeda de deshielo, abrazó a Yasia con todas sus fuerzas y, con una sacudida, dejó caer pesadamente la cabeza sobre la almohada áspera.

Pasó un rato antes de que Yasia comprendiera que estaba a punto de morir. Se precipitó gritando al pasillo donde estaban las puertas de otros siete estudios. Los artistas no vivían allí, eran pocos los que se quedaban a pasar la noche. Primero tiró fuertemente de dos puertas vecinas, luego bajó corriendo desde la tercera planta hasta la conserjería donde estaba el teléfono.

La viejecita, con su delgada trenza desgredada, soltó un grito al ver a Yasia desnuda, pero Yasia la empujó:

—Una ambulancia, rápido, una ambulancia...

Y marcó el número con las manos temblorosas.

Cuando llegaron los médicos, Robert Víktorovich ya no respiraba. Estaba

boca abajo, con la cara amoratada hundida en la almohada. Yasia no había podido darle la vuelta.

Las circunstancias de la muerte eran evidentes.

—Derrame cerebral -rezongó un médico gordo y desagradable que apestaba a alcohol y a comida rancia. Le dejó el número de teléfono del forense.

Los enfermeros bajaron las escaleras haciendo ruido con la inútil camilla.

—Viejo como era y ha muerto encima de una mujer. Y bien jovencita, ella -dijo uno.

—¿Y qué? Es mejor que pudrirse en un hospital -le respondió el otro.

En el piso de Lijobori no había teléfono. Yasia llegó a casa de Sonia cuando ésta iba a tomarse el café de la mañana. Sonia sacudió ligeramente la cabeza, tomó a Yasia entre sus brazos, la apretó contra su pecho y lloraron un largo rato en el vestíbulo.

Después fueron al estudio. Se habían llevado ya el cuerpo al depósito de cadáveres. Arreglaron rápidamente el desorden espantoso e insólito que se había formado en el estudio después del paso de dos brigadas, la de los médicos y la del depósito.

Sonia recogió con tacto la lencería que para una mirada ajena habría parecido vergonzosa y la escondió en su bolsa. Después fueron a llamar a Tania, en Leningrado, pero los vecinos las informaron de que Aliosha y ella se habían ido no se sabía adónde. Yasia no soltaba la mano de Sonia, agarrándose a ella como una niña pequeña. Ella era la huérfana y Sonia la madre.

La conserje había tenido tiempo de contar con tono penetrante a todos los que la quisieran escuchar la escandalosa muerte del viejo Robert. A partir del mediodía, empezaron a pasar por el estudio sus vecinos pintores. Cada uno llevaba lo que le parecía más oportuno en aquellas circunstancias:

flores, vodka, dinero...

De paso se iba formando una opinión compartida de los hechos: Robert Víktorovich les daba pena, a Yasia la odiaban y despreciaban. En cuanto a Sonia, todo era más complicado, se esperaba de ella un gesto y la observaban con un interés, por lo demás, lleno de compasión.

Hacia la noche, cuando sólo quedaban en el estudio los amigos más cercanos, Sonia, después de un llanto silencioso y sin lágrimas, declaró de repente con voz firme:

—Encontradme una sala grande. Quiero que los cuadros estén colgados donde se instale el féretro. — Y señaló hacia arriba, al attillo, donde estaban las pinturas.

El barbizoniano intercambió una mirada con Gavrilin. Asintieron con la cabeza.

Y así se hizo.

El fondo de artistas puso una sala a su disposición. La víspera colgaron los cuadros. En total eran cincuenta y dos. Fue Sonia quien dirigió la operación y difícilmente se hubiera encontrado a otra persona capaz de hacerlo mejor. De repente el sol se coló por alguna parte, un sol resplandeciente, violento, que hacía daño a los ojos, incluso se interponía en la tarea de Sonia. Las telas espejeaban, emitían reflejos, y Sonia hizo bajar aquellas cortinas plisadas oficiales. Acabó de colgar los cuadros. Levantaron las cortinas. El sol había declinado ya y todo resultó estar en el sitio adecuado. Ni el propio Robert Víktorovich lo habría hecho mejor.

Al día siguiente, hacia las doce, comenzó a afluir la gente. Era imposible hacerse una idea del número de personas que asistieron al funeral. Acudieron los artistas viejos, venerables, cargados de callos y medallas a fuerza de pintar retratos solemnes; acudieron otros de mediana edad, representantes moderados de la nueva ola; y acudieron incluso aquellos a

los que los respetables miembros de la Unión de Pintores no permitieron el acceso..., la chusma de Lianózovo, [\[11\] la vanguardia de mala muerte.](#)

Esta exposición póstuma no suscitó ninguna crítica. Por lo demás, Robert Víktorovich nunca había sentido la necesidad de someter su obra al juicio del público.

El féretro se encontraba en el centro de la sala. El rostro del difunto estaba oscurecido, como forjado en plomo, sólo las manos, cruzadas sobre el pecho, resplandecían con aquella blancura gélida que Robert Víktorovich llamaba blanco sin vida.

Yasia, con un vestido de seda negro, se pegaba al cuerpo grande y amorfo de Sonia, asomando de debajo de su brazo como un pajarillo del ala de un pingüino. Tania no estuvo presente, no pudieron encontrarla en la feliz Asia Central adonde había partido con Aliosha en busca de verdes pastos.

Todos los cuchicheos, todo el escándalo que había envuelto aquella muerte se quedó en el guardarropa. Allí, en la sala, incluso los más duchos en devorar la intimidad ajena guardaron silencio. La gente se acercaba a Sonia y pronunciaba torpes palabras de pésame. Sonia, empujando ligeramente hacia delante a Yasia, respondía mecánicamente:

—Sí, es una desgracia... Una verdadera desgracia es lo que hemos sufrido...

Y Tímler, que fue en compañía de su joven amante para despedirse de su viejo amigo, pronunció con una voz frágil y melancólica:

—¡Qué belleza!... Lía y Raquel... No sabía lo bella que era Lía...

Dios concedió a Sóniechka una larga vida en Lijobori, una vida larga y solitaria.

Tania, con el tiempo, se casó con Aliosha y recibió de él como dote la ciudad distante y hechizada a la que sólo se adaptan las personas orgullosas

e independientes, se convirtió en petersburguesa. Su talento floreció tarde. Había cruzado la linde de los veinte años cuando se reveló que estaba increíblemente dotada para la música, el dibujo y todo lo que caía en el campo visual de su mirada distraída. Aprendió sin dificultades francés, después italiano y alemán -sólo el inglés le producía una extraña aversión-, y llevó una vida bohemia hasta que a mediados de los setenta, después de separarse de Aliosha y dos maridos efímeros, emigró a Israel con un niño de seis meses en los brazos. No tardó en encontrar un excelente puesto de trabajo en la ONU, lo que fue posible, en gran medida, gracias a la fama mundial de su padre.

Durante algunos años, Yasia vivió con Sonia, en el apartamento de Lijobori. Sonia cuidó a Yasia con ternura, imbuida de un piadoso agradecimiento hacia la providencia que había enviado a su querido marido Robert aquel tesoro, aquel consuelo en los años de su vejez.

Yasia volvió a su idea de entrar en la escuela de teatro, pero no demasiado en serio. Sóniechka y ella se divertían haciendo labores de costura, bien tejiendo jerséis con estampados inusuales para Tániechka, bien aceptando encargos, pero sobre todo pasaban horas bebiendo un café negrísimo con los pasteles de miel que preparaba Sonia. Yasia comenzó a marchitarse poco a poco y entonces Sonia, después de una correspondencia abundante a escondidas de Yasia, localizó en Polonia a dos de sus tías y a una abuela, que eran de origen humilde, en absoluto aristocrático. Debidamente equipada por Sonia, Yasia emigró a Polonia, donde pronto viviría el desenlace del clásico cuento de hadas: se casó con un joven francés, apuesto y adinerado. Ahora vive en París, no lejos de los jardines de Luxemburgo, a dos pasos del edificio donde una vez estuvo el taller de Robert Víktorovich, algo que ella, por supuesto, ignora.

La casa del parque Petrovski, deshabitada, con los cristales rotos y rastros de pequeños incendios provocados por chavales, permaneció en pie durante años sin que nadie la ocupara. Servía de refugio para perros y vagabundos. Una vez encontraron a un hombre asesinado.

Después cedió el techo y nadie comprendió por qué habían sido expulsados

los habitantes con tanta prisa para alojarlos en barrios desangelados.

Los cincuenta y dos cuadros de Robert Víktorovich se dispersaron por todo el mundo. En las subastas de arte contemporáneo, cada vez que aparece uno, los coleccionistas se ponen al borde del infarto. Sus obras de antes de la guerra, la de la época parisina, alcanzan sumas astronómicas. Se conservan muy pocas, once en total.

La vieja y bigotuda Sofia[12] Iósifovna vive en Lijobori, en el segundo piso de un bloque de cinco plantas jrushoviano. No quiere mudarse, ni a su patria histórica, de la que su hija es ciudadana, ni a Suiza, donde ahora trabaja, ni a París, la ciudad que Robert tanto amaba, y adonde su segunda hija, Yasia, no cesa de invitarla.

Su salud se deteriora. Por lo visto, el Parkinson hace mella. Los libros le tiemblan en las manos.

En primavera va al cementerio de Vostriakovo y planta en la tumba de su marido unas flores blancas que nunca echan raíces.

Por la noche, colocándose unas ligeras gafas suizas sobre su nariz en forma de pera, zambulle la cabeza en profundidades deliciosas, alamedas umbrías y aguas primaverales.

[1] Natasha Rostova y el príncipe Andréi Bolkonski son personajes principales de Guerra y paz de Lev Tolstói. (N. de la T.)

[2] Nueva Política Económica (1921-1927), permitía cierta propiedad privada en determinadas condiciones con el objetivo de paliar el daño

causado por la guerra civil. (N. de la T.)

[3] La ciudad más importante de los Urales (actualmente vuelve a llamarse como antes de la Revolución: Ekaterinburgo). (N. de la T.)

[4] Protagonista de la novela en verso *Eugenio Oneguin* de Pushkin. (N. de la T.)

[5] Antigua medida rusa equivalente a 16,3 kg. (N. de la T.)

[6] «Señor», en polaco. (N. de la T.)

[7] Escuela religiosa hebrea. (N. de la T.)

[8] V. I. Lenin. (N. de la T.)

[9] Apelativo familiar de San Petersburgo. (N. de la T.)

[10] Frase que Pierre Bezújov pronuncia en *Guerra y paz* de Lev Tolstói (Libro II, quinta parte, capítulo cuarto) hablando con la princesa María acerca de Natasha Rostova. (N. de la T.)

[11] Barrio periférico de Moscú donde se reunía un grupo de pintores y poetas rusos, uno de los focos más significativos del «arte no oficial» en el periodo del «deshielo». (N. de la T.)

[12] Sonia es diminutivo de Sofia. (N. de la T.)

**This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
01/04/2009**

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com